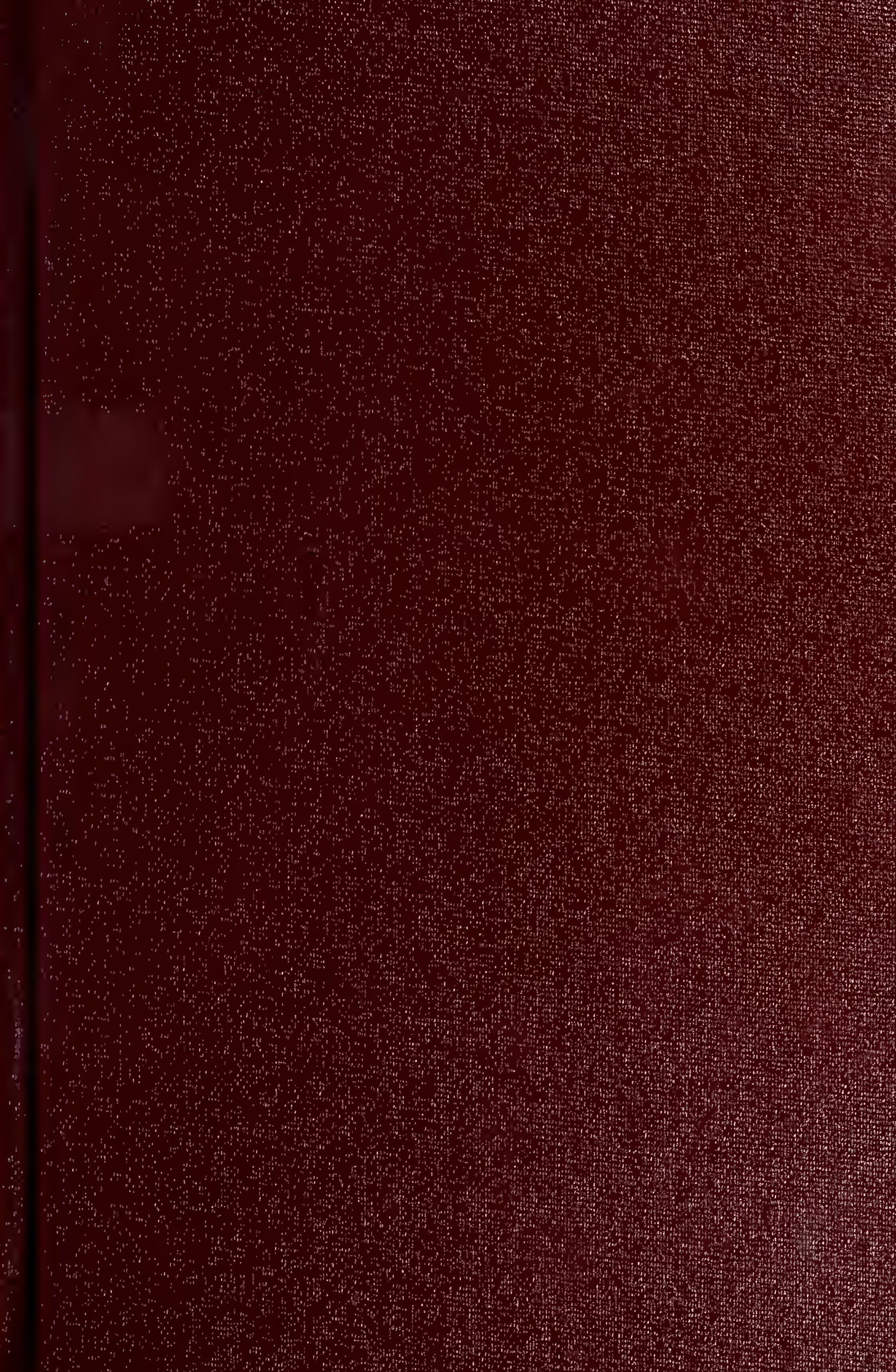
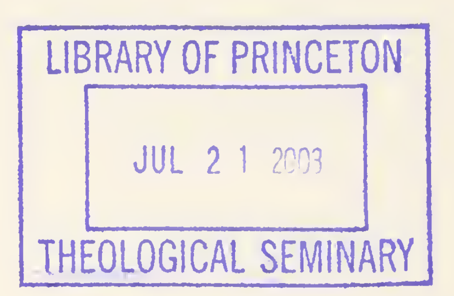
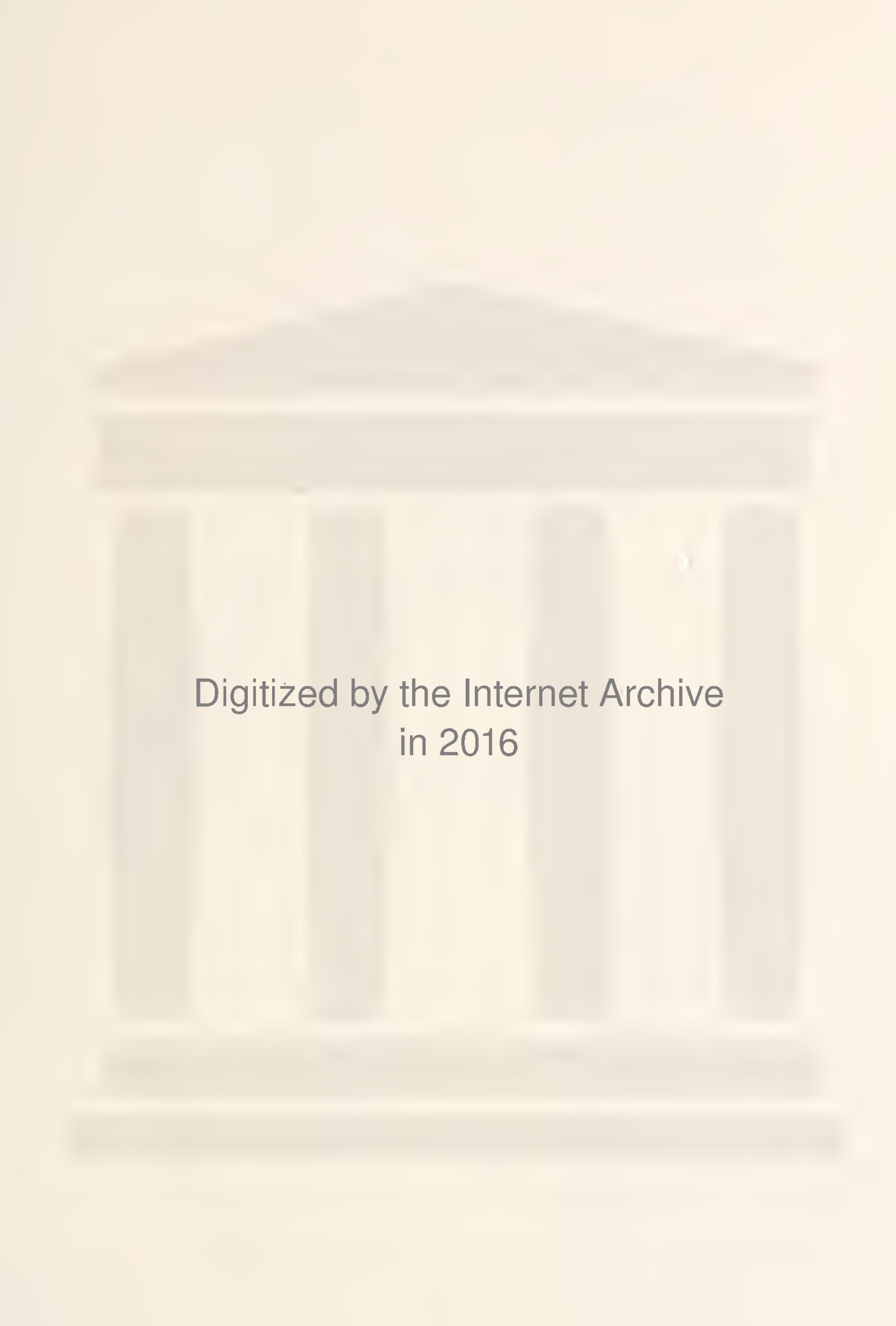








AÑO VIII
No. 86
MARZO
1946
Caracas
Venezuela

Tipos de la Gran Sabana. Madre e hija luciendo sus pulseras de algodón.

Obra Seráfica de Misas

Para el auxilio de las Misiones Extranjeras de los FF. MM. Capuchinos

La Obra Seráfica de Misas tiene por fin el sostenimiento de las Misiones Capuchinas entre infieles. Fué fundada el año 1889. La han aprobado y bendecido los Sumos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XII.

GRACIAS ESPIRITUALES

1a. Participación del fruto de 5.000 misas que cada año celebran los Padres Capuchinos exclusivamente a intención de los bienhechores de sus Misiones.

2a. Participación de 500 misas Conventuales diarias que se celebran en nuestros Conventos por los difuntos y bienhechores de la Orden Capuchina.

3a. Participación en las penitencias y obras practicadas por los mismos Religiosos (que son unos 13.000) y por las Misiones que les están encomendadas.

4a. Indulgencia plenaria y Bendición Apostólica "in articulo mortis".

5a. Indulgencia plenaria en las fiestas siguientes: ::Epifanía del Señor, Exaltación de la Cruz, Virgen de los Dolores (15 de setiembre) y San Fidel de Sigmaringa (24 de abril).

6a. Indulgencia de 300 días cada vez que se haga algo para ayudar a la Obra Seráfica de Misas.

LIMOSNAS PARA HACERSE PARTICIPE DE LOS BENEFICIOS DE LA OBRA

Los difuntos participan por un año, dándose por ellos la cuota de Bs. 1, y participarán "In perpetuum" si la limosna es de Bs. 6. Cuando se trata de los propios padres difuntos, con esta última limosna se hacen ambos participantes.

Los vivos, dando Bs. 1 de limosna, serán participantes por un solo año; y si dan Bs. 25, lo serán perpetuamente en vida y en muerte.

Para cada una de estas participaciones se entrega al donante una patente, donde consta la inscripción de la persona partícipe de la Obra Seráfica de Misas.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

50 Misiones

769 Estaciones o residencias principales.

1.580 Misioneros Capuchinos.

116 Millones de habitantes en sus misiones.

Más de millón y medio de católicos.

16 Seminarios con 650 seminaristas.

2.729 Catequistas.

27 Vicariatos Apostólicos.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

16 Escuelas de Artes y Oficios.

3.312 Religiosas.

41.000 Terciarios seculares.

200 Entre Hospitales y orfanotrofios con 8.000 huérfanos.

12 Leproserías.

183 Farmacias y boticas.

20 Tipografías.

2.771 Escuelas y 119.400 Alumnos (8.000 internos).

La Novela de un Misionero

Por G. SAGEHOMME S. J.

(Continuación)

Y sin embargo... Cuando el Padre Marcelo descendió del auto y vió allí, colocados delante de él, a su padre, sus hermanas, sus sobrinos y sus sobrinas que le tendían los brazos, se detuvo buscando con los ojos a alguien que no estaba allí; después ocultó la cabeza entre las manos y prorrumpió en sollozos, murmurando muy bajo:

El señor de Louergue bajó las gradas, tomó a su hijo del brazo y le sostuvo suavemente hasta el salón, en donde todos le rodearon; todos lloraban, pero sin amargura: parecía que la sombra de la madre difunta se cernía sobre aquella afligida familia para endulzar su dolor.

El Padre Marcelo levantó muy pronto la cabeza y procuró sonreír excusándose al mismo tiempo.

—Aún estoy nervioso; perdonadme esta debilidad.

Y tocando con el dedo su cráneo herido:

—No se recibe—añadió—un golpe semejante sin quedar quebrantado para largo tiempo.

Aquello distrajo la atención y llovieron exclamaciones y preguntas. El misionero, con su inspiración habitual, contó la escena, el golpe formidable, el largo desvanecimiento, y cómo durante muchos días se le creyó a punto de muerte.

Una sobrinita preguntó:

—¿Dolía mucho eso?

—No mucho, querida; perdí el sentido; primero me pareció ver como un ramillete de fuegos artificiales; después todo negro por largo tiempo.

Tuvo que mostrar su pobre cabeza, y complaciente, se inclinó, se volvió de un lado a otro para que le vieran todos, grandes y pequeños. Las lágrimas asomaron muy pronto en algunos ojos; pero una dulce alegría había inundado todos los corazones y todos se sentían felices al ver, poseer, cuidar, dar gusto al querido y venerado misionero.

* * *

El Padre Marcelo volvió, pues, a tomar su antiguo puesto en el hogar; su antiguo nombre también, porque para todos en la familia había quedado siendo "Carlos", el bueno y querido Carlos de otros tiempos; aceptó alegremente el cambio, tanto más, cuanto que el nombre de Marcelo no era más que un velo de humildad para ocultar su nacimiento, y ese modesto incógnito no tenía aquí ninguna razón de ser.

Desde el primer día confió sus íntimos pensamientos a Andrés, por el cual sentía una secreta y particular simpatía:

—Ya sabes —le dijo—; yo me dejo querer; mimadme todo cuanto queráis, obedezco aceptando vuestros cuidados; pero me volveré allá lo más pronto posible.

Andrés comprendía ese deseo y lo aprobaba, poniendo sin embargo, una reserva:

—No digas nada de eso a papá; déjale que goce sin recordarle la idea de una futura partida.

Así sucedió: Carlos de Louergue tomó posesión de su cuarto y de sus muebles de otro tiempo, como si hubiera de habitar siempre en Profondeville. A su alrededor se aparentó creerlo así, quizás lo creían en efecto; en todo caso, el señor de Louergue parecía no dudar de ello, y volvió a comenzar la vida de familia con los yernos y los pequeñines que aumentaban la corona.

Carlos se mostró extrañado de no ver a Louverois, su padrino, pero muy pronto le dijeron que estaba retenido en Hastière por un formidable ataque de gota.

¡Pero había allí otro vacío más doloroso! Desde la primera tarde, cuando se sentaron alrededor de la gran mesa para la comida, la mirada de Carlos se dirigió derechamente al puesto en donde otro tiempo se sentaba su madre desaparecida. No habló palabra, pero todos notaron aquella mirada, la cual nadie comentó.

Después de la comida dieron algunas vueltas por el parque; luego en el castillo mismo, y por todas partes aquel recuerdo seguía al Padre Marcelo, no para entristecerle, sino como una sombra dulce y tutelar que suavemente le acompañaba.

Le hicieron entrar en una gran sala que estaba siempre deshabitada. El señor de Louergue le dijo:

—La trasladamos aquí para que tuviera más aire y más luz.

Y señalando un lecho de baldaquín, enfrente de una ventana, añadió:

—Allí murió.

Carlos, por un repentino movimiento,

se puso de rodillas y oró; todos callaron, emocionados, respetando su oración.

Al salir se encontró con Juan, el antiguo africano: el pobre muchacho estaba aún confuso de lo que él llamaba "su huída vergonzosa".

—Pero es necesario que me perdone, don Carlos —añadía—, porque yo habría muerto muy pronto allá y no le habría prestado más servicios, ¿no es cierto?

El Padre Marcelo asintió, le consoló y aun le llevó al salón para que le contase delante de toda la familia en su pintoresco lenguaje algunos episodios de la vida de Africa.

La velada fué corta para dar al misionero una noche más larga; antes de separarse, grandes y pequeños vinieron, lo mismo que en otro tiempo, a pedir la bendición del jefe de la familia. El Padre Marcelo se acercó como los demás, y como los demás recibió la bendición; pero entonces todos y el señor de Louergue se arrodillaron delante de él y con voz conmovida el misionero pronunció las palabras:

—**Benedictio Dei Omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super vos et maneat semper.**

Y su mano extendida temblaba porque pensaba en aquellos momentos en su madre...

* * *

Habiéndose extendido la noticia de que el misionero estaba de vuelta, vino muy pronto la baronesa de Foy-Luce, ya algo envejecida, pero siempre ligera en sus movimientos, en su modo de andar y en su lengua. Detrás de ella, Juana con su marido, León de Vargue, joven alto y flaco, de veinticinco años, casi tan tímido como su joven esposa, lo que no parecía disgustar a la baronesa, cuya bondad, muy real por otra parte, no dejaba de ser un poco imperiosa.

Apretones de manos, exclamaciones, suspiros:

—¡Oh, don Carlos... o más bien Reverendo Padre, qué alegría volverle a ver! ¿Ya está usted bastante repuesto, no es así? ¡Y su herida! ¡Oh, Señor, qué golpe tan cruel!... Juana, mira, pues... y ¡tú también, yerno mío!... Verdaderamente es terrible!.. ¡Qué sufrimientos ha debido experimentar usted!... Y ¡qué valor, Dios mío, qué valor! ¿Qué dices, Juana?

Juana, un poco pálida a la vista de la cicatriz roja, miraba a su marido y respondía en voz baja:

—¡Es horroroso!

El Padre Marcelo, con su hermosa sonrisa, dió las gracias a la baronesa

por el interés que mostraba por él; procuró cortésmente hacer hablar algo a Juana, pero se estrelló contra monosílabos obstinados y silencios que la baronesa, por lo demás, rompía muy pronto con exclamaciones muy desarrolladas, en forma de monólogos.

Después se dispersaron, y en pequeños grupos se fueron a pasear por las avenidas del parque. Al Padre Marcelo le tocó León de Vargue, a quien la entrevista pareció comunicar de repente audacia para un combate.
presenta la ocasión, permítame exponerle algunas ideas que tengo aquí.

Y se daba repetidos golpecitos en la frente con los dedos correctamente enguantados.

—De mil amores, señor.

—¡Pues bien! Yo no comprendo cómo usted, un hombre de mundo, ha podido vestir un hábito tan poco gracioso como esa ropa; me parece, perdóneme, que hay en eso, ¿cómo diría yo?... falta de gusto.

El Padre Marcelo soltó una gran carcajada:

—¡Ah, señor, verdaderamente jamás había pensado en ello: importa tan poco; el mundo pone gran atención en estas cosas, pero cuánto se engaña! Confesará usted que el corte o el precio del vestido que llevamos no añade ni quita nada a nuestro valor personal... pero ¿qué dirá usted entonces de mi peinado?

Y el misionero mostraba su cicatriz.

León de Vargue dudó un momento.

—Pues sí —dijo—, yo no me atrevería a decir nada, pero pensaba en ello. ¡Cómo es posible no ocultar eso! Me parece que una peluca bien ajustada...

El Padre Marcelo interrumpió riendo:

—Una peluca, ¿lo cree usted así?

Y prosiguió con gravedad:

—Pero ¡si éste es mi más precioso y más querido recuerdo, la marca indeleble de mi glorosa y divina servidumbre! Mire usted: ¡las ideas de ustedes, los mundanos, son tan diferentes de las nuestras! Ustedes viven de ficciones, de convencionalismos, de una moda que pasa y que cambia; nosotros vivimos de Dios, de los bienes eternos que hemos de conquistar para nosotros, sea que vivamos, sea que muramos.

—Es muy hermoso, en verdad, Padre mío, convengo en ello; pero al sacrificarse ustedes, sacrifican también a aquellos que les aman; su partida, según me han dicho, causó la desolación de su familia...

—Mire usted, señor, la inconsecuencia: si un joven por conquistar una fortuna abandona su patria, se va muy lejos, corriendo riesgo de morir en la demanda, el mundo encuentra todo eso muy natural y tiene, para aprobar ese acto, aforismos ya hechos: "Quien no arriesga nada, no consigue nada. La lucha por la vida...". Nosotros, que partimos para salvar las almas, somos unos ingratos, sin corazón, no amamos a nuestra familia... ¿Es justo esto?

León de Vargue iba a responder, pero se oyó una voz aguda que le hizo estremecerse:

—¡León, León! ¿dónde estás? ¡Nos vamos!

—Es mi suegra... Excúseme, Padre mío, voy a reunirse con ella.

El Padre Marcelo llegó justamente a tiempo para despedirse de la baronesa y comprobar que los cabellos del señor León de Vargue no habían sufrido con la carrera...

XVIII

¡UN SALVAJE MAS!

Desde hacía muchas semanas, Carlos de Loeurgue era objeto de los solícitos cuidados de toda la familia que, por su causa, permanecía reunida en Profondeville: se le prestaban toda clase de servi-

(Pasa a la pág. 43)



Venezuela Misionera

DIRECCION Y ADMINISTRACION
PP. CAPUCHINOS – LA MERCED
APARTADO 261 – TELEFONO 3562
CARACAS–VENEZUELA

AÑO VIII No. 86
MARZO DE 1946

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
CON APROBACION ECLESIASTICA Y DE LA ORDEN
SUSCRICION ANUAL: BS. 5
PARA EL EXTRANJERO: $ 2

Estampa Misional

Quam speciosi pedes evangelizantium pacem
Qué hermosos son los pies de los evangelizadores de la paz

EL APOSTOL San Pablo, en la Epístola a los Romanos escribe: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Mas ¿cómo le han de invocar, si no creen en él? o ¿cómo creerán en él, si de él nada han oído hablar? y ¿cómo oirán hablar de él si no se les predica? Y ¿cómo habrá predicadores, si nadie los envía? Según aquello que está escrito: ¡Qué feliz es la llegada de los que anuncian el Evangelio de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes!" Hace alusión el apóstol en este pasaje al otro del profeta Isaías: "¡Oh cuán hermosos son los pies de aquel que sobre los montes anuncia y predica la paz, de aquel que anuncia la buena nueva, de aquel que pregona la salud...!" Hermoso vaticinio! que tiene cabal cumplimiento en los heraldos del Evangelio de Cristo, evangelio de la paz, evangelio del bien. Sobre los montes más escarpados, a miles de metros de altura, entre las nieves perpetuas, en los senos del polo norte, han pisado los pies del misionero de Cristo. En la serranía abrupta, cubierta de selva y vegetación salvaje, donde no penetra ni un rayo de sol, ni una centellita de luz, ha pisado el pie del misionero. Por la extensa llanura, llanura de arenales ardientes, que abrasan y queman; llanura sin fin y sin límite, como un mar de fuego, ha pasado también el pie del misionero. En los fangales donde el agua; no corre y el limo es inestable e inseguro, y se hunde la planta del hombre, también ha pisado el pie del misionero. ¡Qué hermosos son esos pies caminando como Jesús por los campos de Palestina! ¡Qué hermosos son esos pies caminando sin cesar en busca de la oveja errante, en pos de las que aún viven lejos del redil! Pies rasgados por las zarzas, taladrados por las espinas, rotos por las piedras, acosados por los reptiles venenosos, cubiertos de sangre y lodo... Pies del enviado del Evangelio, hombre andariego, sin descanso, sin tregua. Sin duda que algún día resplandecerán con fulgores celestiales; porque a esas heridas, a esa sangre, a ese martirio de aquí abajo, corresponderá la glorificación de allá arriba. ¡Cuán hermosos son los pies de aquel que anuncia y evangeliza la paz y el bien!

Missionarius

EDITORIAL

Los detractores de las Misiones

Pocas obras—por muy laudables y meritorias que sean—logran la loa y el aplauso universal. El hombre es un crítico tan excesivamente severo que difícilmente escapan a su censura implacable y mordaz las acciones más virtuosas y santas. Hasta las obras de la sabia y divina Providencia caen a veces bajo la crítica audaz y sacrílega de los humanos.

Teniendo esto presente nada debe extrañarnos que se censuren y critiquen también las Misiones Católicas, ya que siendo ellas una obra humana necesariamente ha de tener defectos e imperfecciones.

Lo malo, lo reprobable no es, sin embargo, que se reconozcan y señalen esos defectos mediante una crítica honesta y constructiva; lo que no podemos aceptar sin la debida protesta, es que se hagan cargos a los Misioneros, que se censure su obra, sólo por sectarismo, por antipatía, por prejuicios, y sin aducir otras pruebas documentales y auténticas que afirmaciones rotundas y sonoras y enteramente gratuitas.

La verdad y la justicia reclaman que la Historia, lo mismo que la contabilidad, se lleve por partida doble, según la frase afortunada de un ilustre académico; y tenia éste mucha razón, ya que la Historia, al fin, es un balance o ajuste de cuentas en que, al apuntarse el *Debe* de los personajes y de los acontecimientos que la formaron, no puede, en buena justicia, silenciarse el *Haber*.

No se prescinda, pues, de la partida doble al hablar de las antiguas y modernas Misiones; apúnteseles, en buena hora, a los Misioneros su *Debe* con imparcialidad y justicia, pero no se omitan maliciosamente tampoco sus obras meritorias, sus hechos gloriosos, sus sacrificios, es decir, su *Haber*, conquistado en buena y justa lid.

Y al hacer estas reflexiones—que están muy de acuerdo con las normas de la Metodología y Crítica históricas—nos referimos a ciertos escritores o historiadores, antiguos y modernos, que, en medio del coro de voces justicieras en favor de las Misiones, dejan oir su grito estridente y descompasado para decirnos en tono magistral y solemne que la obra de los Misioneros, tan aplaudida y cacareada, no es ni ha sido nunca como la pintan y describen los escritores e historiadores.

Para corroborar nuestros asertos en relación con las injusticias históricas que se han cometido contra la obra de los Misioneros, queremos citar un ejemplo, entre otros que se pudieran mencionar, referente a las Misiones de Guayana, precisamente las más célebres y mejor organizadas de Venezuela.

Ese ejemplo lo tomamos de un libro voluminoso titulado "Exploración Oficial...", escrito por F. Michelena Rojas y publicado en Bruselas en 1867. Al tratar de las Misiones del Caroní, el autor se pregunta: "Qué hicieron, cómo vivieron y qué dejaron".

El hecho, tan natural y prudente, de haberse dividido el territorio misional entre los Capuchinos, Jesuítas y Observantes que evangelizaban la región guayanesa y limítrofe, a fin de evitar roces desagradables entre los mismos, lo comenta el autor mencionado así: "Empezaron, con toda la autoridad de que estaban revestidos por la corte de España por dividirse entre las tres misiones todo el país desde las bocas del Orinoco".

A continuación asegura el mismo escritor que los misioneros tenían *autoridad omnímoda* sobre los indios, lo cual no es cierto, ya que esa autoridad estaba muy limitada por las autoridades civiles y eclesiásticas y sus respectivas leyes y disposiciones.

"No enseñaron a los Indios ningunas artes". La verdad es que los Misioneros enseñaron a los indígenas todos los oficios y artes que les eran útiles para la vida, como son: la agricultura y cría de ganado, el modo de construir sus viviendas, tejer e hilar, las primeras letras, la música, etc. tec.

"Las siembras que hacían era para alimentar a los misioneros". La verdad es que cada pueblo de Misión donde había pastos, tenía su hato y labranza común y además existían conucos particulares de cada familia indígena. Los indios trabajaban tres días a la semana en las siembras de la comunidad, devengando su jornal; este trabajo duraba sólo cuatro horas en la mañana; por la tarde y en los tres días restantes atendían a sus propias labranzas. Del producto de los conucos comunes se abonaban los sueldos de los indios que habían trabajado en ellos, y con el remanente se remediaban las necesidades de la Misión. Cada familia tenía sus bestias y otros bienes de su exclusiva propiedad, de los que podía disponer libremente. Los indios hacían hamacas, vendían cera y aceite de tortuga y sabían preparar un específico para combatir las fiebres, llamado *amargo de Angostura.*

Concluye el aludido escritor sus peregrinas y extrañas apreciaciones con las siguientes palabras: "Y cuando salieron del país por causa de la guerra de la Independencia, ¿qué dejaron? Nada, absolutamente nada..."

Es cierto que los Misioneros del Caroní *nada* dejaron en sus famosas Misiones guayanesas: solamente dejaron *treinta pueblos* ricos y prósperos, con 80.000 reses, que abastécieron el ejército republicano en la magna gesta libertadora, con edificios notables como el templo del Caroní, cuyos muros destechados y expuestos a las lluvias durante más de cien años, todavía se mantienen en pie...

Pero todo esto es nada, absolutamente nada...

Fr. C. de C.
O. F. M. cap.

CUENTOS Y TRADICIONES DE LOS INDIOS GUARAUNOS

Navarao Guarao a tida Nisanae: taisicuare Navarao aucatida nacae.

Cómo Navarao tuvo una niña con una india guarauna.

Una india, que tenía su marido, vió una noche en su casa a Navarao, el cual tenía forma de hombre corpulento, pero su piel era peluda como la piel de los chigüires. Se acercó calladito a la india y pasó con ella un espacio de tiempo, al cabo del cual se fué muy contento, dando gritos de alegría. Con esto el marido se despertó, y cuando quiso ver quién era, Navarao se tiró al agua y se fué a su casa, que tenía en el fondo del río.

Al amanecer volvió Navarao a la casa de la india y supo que había nacido ya un hijo de él y de la india. Cuando nació ya comía de todo. Cuando se fué el marido al trabajo, se acercó Navarao a la mujer y le dijo: No des carne de chigüire a esa niña. Lo que había nacido era hembra. Creció la niña un poco más y todos los días iba al río a bañarse y bajaba a la casa de su padre Navarao. Allí pasaba un rato y salía con morocoto fresco, que le daba Navarao para su madre. La niña se lo asaba y se lo daba. ¿De dónde trajiste ese morocoto, le preguntaba su madre? Mi padre me lo dió, le contestaba.

El marido de la india estaba muy contento por el nacimiento de esta niña; pero cuando creció un poco más y empezó a cubrírsele la piel de vello, como la piel de los chigüires, suscitáronsele dudas y decía: Esa piel no es como la mía; la niña debe ser de otro.

Cuando llegaba la noche, la niña salía siempre a bañarse. Su madre le decía: ¿Por qué no duermes de noche? Porque mi padre me llama a cada rato. Se iba, pues, todas las noches al baño, pero inmediatamente se sumergía e iba a la casa de su padre.

Una noche que fué a bañarse como acostumbraba, cuando salió del río vino corriendo a su madre y le dijo: Te llama Navarao, ven conmigo. La india no le dijo nada ni le hizo caso ninguno.

Como no atendió a la invitación, vino de noche Navarao y entabló conversación con la india. El marido de ésta le dice: ¿Qué te pasa que hablas sola a estas horas? Ella le respondió: es que un hombre me molesta.

Amaneció y fueron todos a pescar. En medio del río vieron un arbol atravesado. Al verlo dijo la niña: Madre, quiero bañarme, déjame aquí en este árbol. La dejaron allí sola y ellos siguieron pescando adelante. Cuando estaban lejos, la niña se metió en el río y fué a la casa de su padre Navarao. Al poco rato salió la niña otra vez con morocoto y se lo dió a su madre. Cuando venían en la curiara vieron unos remolinos en el agua y la niña se tiró otra vez al río pues aquello lo hacía su padre llamándola. Al anochecer salió la niña y se presentó en la casa con morocoto.

Ya la niña había crecido bastante, y una noche salió a bañarse, se metió en la casa de su padre y no volvió más a la ranchería.

Entonces el marido de la india supo con certeza lo acontecido y se lo dijo a los otros indios.

Desde entonces los indios tienen más miedo a Navarao y están enemistados con él, porque anda siempre persiguiendo sus mujeres.

NOTAS EXPLICATIVAS: Aquí nos dan los indios otra idea de Navarao: Es corpulento, forma de hombre, pero piel de animal, (de chigüire en este caso).

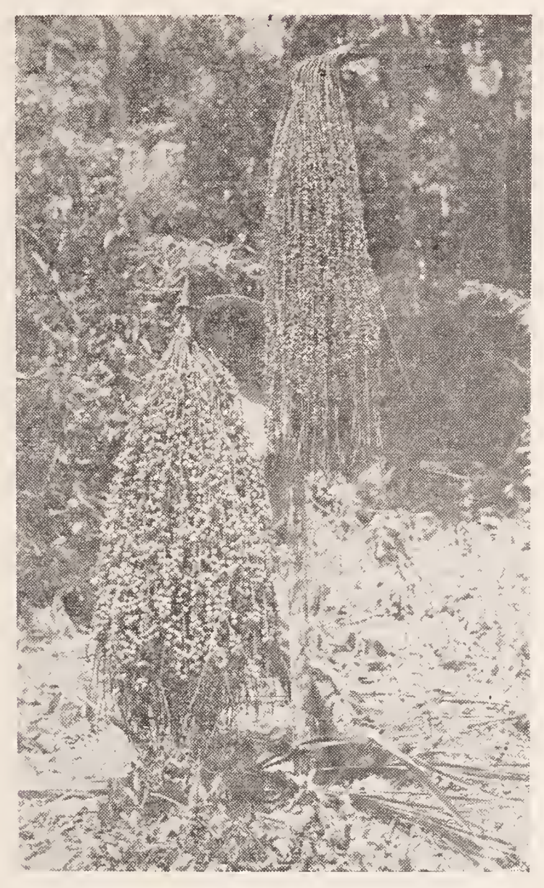
Los remolinos o borbollones de agua que forma el río, los atribuyen a Navarao, y por eso la niña se tiró inmediatamente al agua cuando la vió revolverse cerca de la casa.

Adviértase que la niña, cuando nació, ya podía comer de todo, menos carne de chigüire; pues su padre, y por consiguiente ella, pertenecían a esa raza. Es decir; que éste Navarao era un chigüire en forma de hombre.

Trascrito y anotado por,

Fr. Alvaro Ma. de Espinosa

Mis. Apost. Cap.



Los muchachos de la Gran Sabana muestran, satisfechos, estos racimos de palmas.



XXVII

¡LA Iglesia Misionera! Este es el noble anhelo que siente desde sus orígenes, desde los primeros días de su fundación: conquistar almas, atraer los infieles, hacerlos entrar en el redil de Cristo.

* * *

TAMBIEN en la actualidad trabaja con noble empeño. Y ¿cuáles son los resultados de sus actividades y de los trabajos del ejército misionero?

* * *

LAS conquistas llevadas a cabo, dan por resultado: 21 millones de católicos en los campos de misión. Número que va **in crescendo** cada año.

* * *

EN esos campos de misión han levantado y sostienen 57.267 iglesias y capillas abiertas al culto.

* * *

MAS aún: cuenta con 37.421 escuelas y colegios a los que asisten 2.306.000 alumnos. Cantidad consoladora.

* * *

TIENE también la Iglesia en tierra de misiones 771 hospitales donde se atiende a 300 mil enfermos. ¡Esto sí es verdadera caridad!

* * *

CUENTA además con 2.814 dispensarios con cerca de 30 millones de consultas anuales. Todo ello gratuitamente, sin que cueste un centavo a los enfermos.

* * *

LA caridad de la Iglesia pasa más adelante en estos campos de misión donde dispone de 118 leproserías y en ellas son cuidados 12.778 leprosos.

* * *

Y siguen hablando las cifras de una manera fría pero elocuente en los 1.971 orfanatrofios con 112.900 niños recogidos, y 428 asilos con 18.000 ancianos desvalidos.

* * *

TODO esto y mucho más tiene la Iglesia en sus misiones; todo esto lo conserva el misionero para bien de los creyentes, para atraer a los gentiles, necesitados en el cuerpo, más necesitados en el alma.

El Peregrino de Umbría



MI PRIMERA EXCURSION POR LA GRAN SABANA

Tal vez agradezcan mis lectores que les cuente las peripecias y aventuras que me ocurrieron en el primer viaje que hice al pintoresco "Chinaday", lugar donde tenemos el ganado.

En vista de que se nos morían muchas reses, el Ministerio de Agricultura y Cría había enviado un doctor, especialista en enfermedades vacunas, con todo el equipo y medicinas necesarias. Pasó algunos días con nosotros en Kavanayén, y luego partió para Chinaday acompañado del vaquero; después salimos nosotros, es decir, el P. Víctor y yo, con cinco muchachos internos que iban a pie. El objeto del viaje era inyectar todo el ganado.

Después de la Santa Misa todos estábamos en marcha. Llevábamos los enseres necesarios, más una maleta con todo el servicio para la celebración del augusto Sacrificio, Santos Oleos, etc. Era la segunda vez que yo montaba a caballo y la jornada sería de cinco horas. Como novato en equitación, pasé mis apuros y sustos en el trayecto. No habíamos caminado una hora, cuando ya las llaguitas me impedían conservar la posición vertical, teniendo que recurrir a los balanceos hacia la derecha y hacia la izquierda. El caballo del P. Víctor va cuatro metros adelante; yo me fijo en él como en mi guía: cuando salta me preparo para saltar yo también sin caerme... pero a veces el caballo delantero no salta y yo voy muy tranquilo y... ¡brinco por los aires! cuando menos lo pensaba. Y esto se repite varias veces. ¡El corazón me martillaba en el pecho!

Llegamos a una quebrada muy crecida; las bestias no pueden pasarla con la carga, pero aligeradas de ella la atraviesan a nado; nosotros tenemos que pasar por un palo o tronco en pésimas condiciones. ¡Ay del que pierda el equilibrio y caiga! Muchas veces me habían hablado de este famoso **palo**, y ahora que lo tenía ante mis ojos, lo miraba y remiraba sin atreverme a pasar. El Padre lo pasa de pie, y los muchachos hasta con sus guayares y descalzos, pero con ayuda del machete que clavan y desclavan ingeniosamente. Me decido, al fin, a pasar yo también, y lo hago sentado y a salticos. ¡El alma me volvió al cuerpo! Gracias a Dios.

Los muchachos hacen fuego y asan un poco de carne; yo me acerco al fuego para secarme el hábito, ya todo mojado y embarrado a consecuencias del lance que me ocurrió al atravesar unos barrizales, en que tuve que apearme por el encabritamiento del caballo. Una peripecia más y un susto no pequeño!

Ya está asada la carne —gritan los muchachos—, y ellos se la engullen con excelente apetito; el Padre come un poco, pero yo con mi estómago **asustado** no tengo ganas.

Cargan de nuevo los muchachos a la espalda sus guayares y nosotros montamos a caballo; el resto del camino es magnífico, casi todo sabana; nos falta poco más de una hora para llegar a Chinaday —me dice el P. Víctor—; a lo lejos se contempla el gran salto de **Torón-merú**, y se percibe claramente el estruendoso ruído del agua que se despeña de 60 metros de altura. Hubiera deseado acercarme para contemplar esta maravilla de la



Fr. Roberto nos cuenta su primera salida por los campos de la Gran Sabana...

naturaleza, pero tenemos mucho que hacer y vamos en extremo fatigados.

Llegamos, por fin, a Chinaday; el Doctor nos sale al encuentro y después de saludarle junto con la familia del vaquero y cambiarnos de ropa, el resto del día lo pasamos en preparar las medicinas, de acuerdo con las indicaciones del médico. Los muchachos salen a buscar el ganado, esto es, las 150 reses que forman el hato, entre toros, vacas y novillos.

Al día siguiente, una vez que cumplimos con el piadoso deber de oír la Santa Misa y recibir la Sagrada Comunión, nos disponemos para comenzar nuestras tareas: Se prepara un desayuno de carne con arroz, que los muchachos comen con el acostumbrado apetito. Es muy temprano, pero hay que comenzar cuanto antes, pues es mucho el ganado que hay que inyectar. Los muchachos están nerviosos y alegres por demás; saltan y gritan mientras unos preparan los mecates para amarrar el ganado y otros van metiendo los novillos en el chiquero.

Y da principio la operación. El chiquero es muy pequeño y cuesta mucho introducir en él las reses. Inyectamos algunas, pero luego resolvimos hacerlo en el corral; éste es rectangular de unos 60 metros de largo por 50 de ancho, teniendo una inclinación bastante pronunciada. En el centro hay un botalón, es decir, un palo vertical de unos tres metros de alto y algo grueso para sujetar el ganado. Los mecates se rompen con frecuencia, pues el ganado corre mucho y los muchachos tiran con fuerza; hay tres toros enormes que cuesta mucho derribarlos.

A todas las reses hay que ponerles dos inyecciones, una subcutánea y otra intramuscular: el P. Víctor se encarga de la primera y yo de la segunda. El Doctor da la orden: "Padre Víctor, inyecte seis centímetros cúbicos; Fray Roberto, inyecte quince, porque ese animal es grande". Mientras tanto los muchachos ya tienen amarrada otra res por los cuernos y las patas traseras. Y sigue la algazara, la gritería, las inyecciones, los pataleos de los toros, las vacas y los novillos; y en medio de la operación comienza a llover, lo que dificultad el trabajo, que continuamos a pesar del aguacero y del barro y del fango...

Como la lluvia tenaz y porfiada no cesa, aquello se hace imposible. De pronto se oye gritar a los muchachos: "Padre Víctor, Fray Roberto... **arepere, areperé**... ligeros, ligeros..." Corrimos ha-

cia el lugar del suceso, donde estaba el animal caído, cada cual con su inyectadora; como el terreno era pendiente y estaba muy resbaladizo, yo me doy una caída monumental, resbalando unos cuantos metros. Quedé en un estado verdaderamente lamentable, que movía a compasión y a... risa.

Al fin terminamos la operación sanitaria con bastante felicidad, descontadas por supuesto las peripecias que quedan anotadas. Nos cambiamos la ropa, nos bañamos, y a comer tranquilamente hasta el día siguiente en que debemos continuar la misma operación. No ha llovido durante la noche, nos levantamos temprano y, después de oír Misa y comulgar y desayunarnos con apetito más que regular, manos a la obra. Los muchachos están muy cansados; han bregado tanto el día anterior! Seguimos trabajando hasta medio día en que se concluye la recia tarea.

Y no vayan a creer mis lectores que la vida de aquellos días pasados en "Chinaday" entre animales, no tuvo nada de espiritualidad; no, señores, allí rezábamos, oíamos la Santa Misa, cantábamos... lo mismito que en nuestra capilla de Kavanayén.

Nuestra labor sanitaria había terminado, y nos preparamos para el regreso: Hay dos caballos listos, uno para mí y el otro para uno de los muchachos; el Padre con los demás irá en el caballo de San Francisco, pues tienen que llevar algunos novillos para la Misión.

Nos despedimos del Doctor y de la familia del vaquero y ¡todos en marcha! Yo llevaba metido en mi pensamiento, como un grillo enorme e importuno, el célebre palo de marras que tendría que pasar nuevamente... pero voló por los aires dicho grillo, dejándome tranquilo y muy contento, al ver con satisfacción y sorpresa que el río había descendido. El muchacho pasa con su cabalgadura a la orilla opuesta, y desde allí me grita: "Achiqué" (ven acá); paso yo también sin dificultad y respiro victorioso; miro de reojo el pavoroso palo, y adelante!

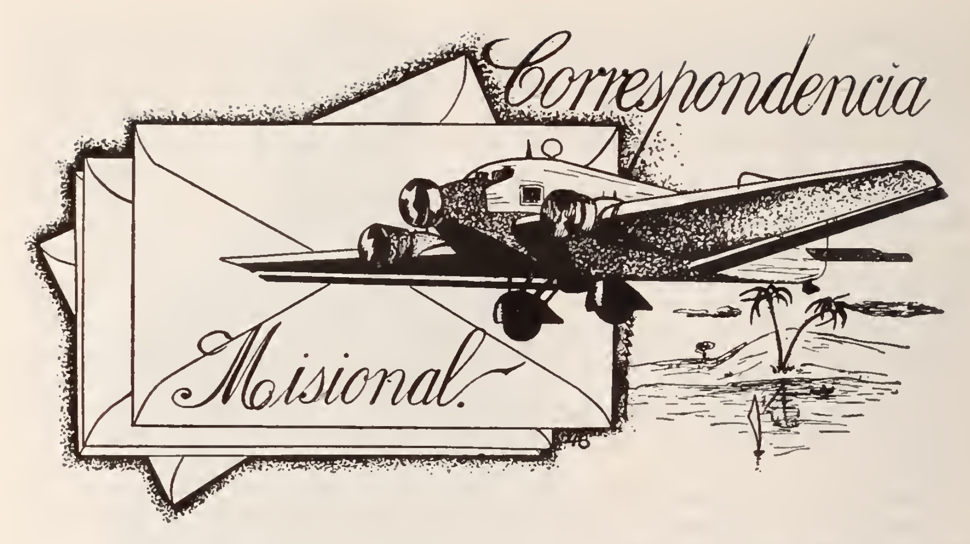
Apresuramos la marcha, pues amenaza lluvia; atravesamos varias quebradas con alguna resistencia de las bestias; mi caballo es obediente, pero en uno de sus saltos me dejó en una posición bastante desairada, es decir, colgado de un estribo por un pie y con la cabeza en el suelo. El muchacho, mi acompañante, que no me perdía de vista, acude presuroso en mi socorro y me restituye a la posición natural y normal. Afortunadamente no había por allí ningún fotógrafo!

Pero conste que yo, a pesar de todo, estaba contento. Después nos acompañó una lluvia, cada vez más intensa, hasta que llegamos al término de nuestro viaje, esto es, a Kavanayén, todos empapados como unas sopas de ajo.

Con todo, en el corazón reinaba una santa alegría, la alegría misional y franciscana.

Fr. Roberto de Erandio
Mis. Cap.





Caracas, 31 de enero de 1946.

Sra. Rufina de Ravello.

Ciudad.

Mi respetada señora:

Ho recibido por conducto del R. P. Antonino de Madridanos, en esta nuestra Residencia de Caracas, unos vestidos y algunas prendas, que Ud. ha tenido a bien confeccionar y conseguir para los indiecitos.

Sinceramente le agradezco este obsequio valioso y significativo, tanto por el cariño con que ha sido hecho, como por el motivo, es decir, dedicárselo a los indios de nuestras Misiones del Caroní.

Mucho agradecemos nosotros, los Misioneros, este interés que se toman en toda la Nación por nuestra labor; y hasta los mismos indígenas se dan cuenta que los venezolanos de buena voluntad los aman y por ellos se interesan.

Para nuestra Casa-Misión de Santa Teresita de Kavanayén son muy útiles estas prendas y estos vestidos. Con ellos obsequiamos a los niños y niñas del internado, que se portan mejor y cumplen bien con sus deberes, también premiamos a los indiecitos del pueblo, que son más puntuales y más asíduos a la Escuela que allí funciona especialmente para ellos. Porque debo manifestarle que, además de las clases que tenemos para los internos de la Misión, tenemos clases especiales para los niños del pueblo, y también para los adultos, aunque en horas distintas.

Con estas prendas y con algunas más que he recibido, pienso iniciar una especie de Bazar en la Casa-Misión, donde los indios, tanto del Internado, como de los Caseríos vecinos, encontrarán recompensa a su asistencia a la escuela y a su buen comportamiento.

Esto para ellos les sirve de gran estímulo para asistir a la Escuela, pues también a los indígenas les gusta ya lucir sus trajecitos, no tan sólo nuevos, sino también hasta bonitos, mucho más a las indiecitas, que como mujeres, siempre llevan el instinto de la vanidad.

Aprovechamos la oportunidad para animar a Ud. y a todas las demás personas, que trabajan en costura, a fin de que sigan haciendo sus labores para nuestras Misiones, que mucha falta nos hacen.

Soy de Ud. atto. s.s.

Fr. Victor de Carbajal.
Mis. Capuchino.

Caracas, 9 de febrero de 1946.

Rdas. Hermanas y Alumnas del Instituto "La Inmaculada".
Barquisimeto.

Reverendas Hermanas y queridas Alumnas:

Hace unos dias bajé de la Misión de Santa Teresita de Kavanayen, para arreglar algunos asuntos referentes a la misma y conseguir algunas cositas que nos son de absoluta necesidad.

En vísperas de ausentarme de nuevo para mi querida Misión, me dice el P. Antonino, que tiene unas cuantas cajas con variado y surtido material, enviado por Uds. para la Misión del Caroní. Pues tengo que añadir, que no se lo ha dicho ni a sordo ni a tonto. Esta es la ocasión, añadí yo para mis adentros,de hacer buen acopio de corotos tan necesarios para nuestros indiecitos de Kavanayen y Caserios circunvecinos.

Al ir sacando los objetos de las cajas, yo iba repitiendo: Esto quiero y aquello también. Pero el Padre Antonino estaba como un policía, echándome el alto y moderando mi espíritu de "recogimiento", pues, me decía: Considere, hermano, que hay otras casas a dónde mandar, y hay más indios que los de Kavanayen.

Yo comprendo la razón que tiene el Padre, y me he contentado con lo que me ha entregado para nuestros indígenas, que no es poco y que es bueno.

Ya me habían hablado a mi anteriormente del entusiasmo grandísimo de ese Colegio por nuestras Misiones; pero ahora lo he visto, por los efectos; porque "obras son amores y no buenas razones". Y aquí vuestros amores se han convertido en esta

pila de objetos que habéis mandado: Ropas, cuadernos, lapices, zapatos, cotizas, plumas, zarcillitos, perfumes, jabones, peinetas, juguetes; en fin, toda una quincalla, que nos viene de perlas para el Bazar que pienso organizar, con el fin de premiar a los niños y niñas por su asistencia y aplicación en la Escuela.

Ya me estoy imaginando las frases de admiración, los saltos de alegría que van a dar aquellos indios y aquellas indiecitas al descubrir la caja. Y como son tan así . . . desde luego lo quieren todo desde el primer momento.

¡Qué va! mis indiecitos, les voy a decir yo; eso no se puede dar sino como premio a quien mejor se porte y a quien más asistencias tenga a las clases. Así que, a avisparse, se ha dicho. De todos modos, yo sé que ellos gozan un mundo, y quisiera que Uds. los vieran por un agujerito, para que gozasen también por el placer que les proporcionan.

En nombre de los Misioneros, en nombre de las Hermanas Franciscanas Misioneras, en nombre de los indiecitos y de las indiecitas y como Superior de la Misión de Santa Teresita de Kavanayen, les agradezco a todas muy de corazón todo cuanto han hecho y están haciendo por nosotros. Que Dios les pague con creces en este y en el otro mundo sus bondades. Nosotros nada tenemos que ofrecerles, pues bien saben que estamos más para recibir que para dar; no obstante les damos nuestras oraciones; eso sí, todos los días tenemos oraciones muy especiales para todos los bienhechores de la Misión. Cuenten con ellas.

De esta carta que les mando desde Caracas, en vísperas de ausentarme para Kavanayen, dejo copia al P. Antonino para que la publique en nuestra Revista Venezuela Misionera.

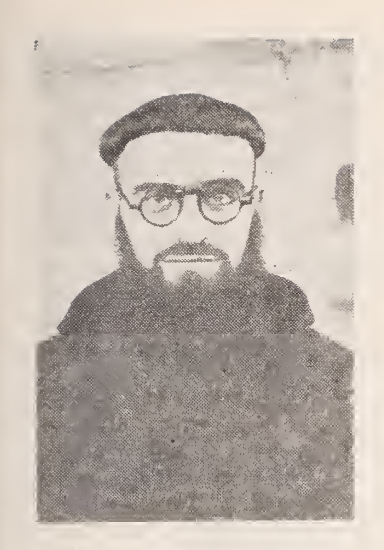
Al recibir o llegar la caja haré que los indiecitos y las indiecitas les escriban para que les den las gracias.

Son otra cosa a que referirme por el momento, me es muy grato ponerme a la orden de todas Uds. en la Misión de Kavanayen.

Las bendice,

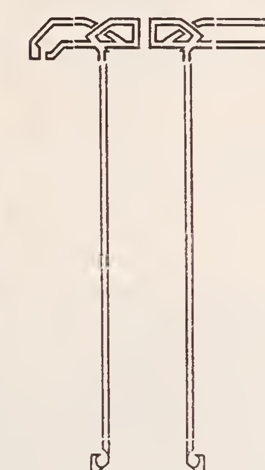
Fr. Victor de Carbajal.
Mis. Capuchino.





El R. P. Alberto de Sobradillo nos cuenta sus primeros pasos en la vida parroquial. ¡Cuántas cosas se habrá callado . . . !

MIS ENSAYOS PARROQUIALES



El ya fenecido año 1945 tuvo para mí algo de novedoso y desacostumbrado, que bien pudiera llamarlo el Noviciado parroquial. Ni en sueños había pasado por mi mente la idea de tener que hacerme cargo de una parroquia. Pero Dios escribe derecho con renglones al parecer torcidos, y sí, señores, en enero de 1945 fuí nombrado (así como suena) Párroco de la Villa de Nuestra Señora del Rosario de Perijá.

Me hice cargo de la mentada Parroquia el 5 de enero y llevo ya un año largo desempeñando tan honroso y elevado oficio.

¿Quién me enseñó los rudimentos de mi nueva y apostólica profesión? La necesidad y la experiencia, que son dos grandes maestras. He de confesar con toda sinceridad que los primeros días y aún meses fueron para mí algo aburridos y fastidiosos. Había pasado toda mi vida en comunidad; ahora me encontraba sólo. Había vivido como a pupilaje; ahora tenía que vivir a mi cuenta y cuidado. Había levantado en mi imaginación muchos castillos de naipes; ahora palpaba la realidad de tener que levantar una casa parroquial y reparar una iglesia dos veces centenaria. Había pasado la vida en el silencio y retiro claustrales; ahora me veía obligado a vivir en medio del mundanal ruido y la algazara.

Paso ahora a enumerar los quehaceres o funciones principales del ministerio parroquial, y con ello quedan tendidos los hilos básicos que constituyen la urdimbre historial de un año completo de mi vida. La vida parroquial se desliza entre la oración, el estudio, el rezo del breviario, la Santa Misa, predicación, confesiones, matrimonios, bautizos, asistencia a enfermos, entierros, congregaciones piadosas, libros parroquiales, despacho de documentos, oficios domésticos y recepción de visitas: de estas unas necesarias, otras convenientes y algunas importunas.

Todo esto como cosa obligada, como cosa que ayer, hoy y siempre se repite aquí y en todas las parroquias del mundo. Como cosa voluntaria, que corre fuera de los cauces ordinarios, fruto, unas veces de la espontaneidad, otras de la dirección del dedo conductor, brotan otras actvidades que re-

gistran los anales de mi vida. Así dos clases semanales gratuítas de curso superior de religión; así la escritura de los libros de la Orden y de una Crónica parroquial; así repetidas excursiones apostólicas por los campos o caseríos de mi jurisdicción parroquial.

¿Cómo es mi Parroquia? Mi Parroquia—La Villa de Nuestra Señora del Rosario—es un pueblo antiguo, pero de aspecto moderno, debido a que casi todas sus casas hubieron de ser reedificadas después del incendio y saqueo del general Venancio Pulgar hacia mediados del siglo XIX. A la Villa se llama (yo creo que con razón), la "perla perijanera" por la hermosura de sus calles y sus casas que le dan aspecto de ciudad. Cuenta con unos 3.000 habitantes, relativamente adelantados en cultura, de creencias religiosas bastante arraigadas, pero que en estos últimos años se han entibiado, merced a corrientes malsanas provenientes de Maracaibo y a la creación de centros de diversión que, según el testimonio de personas sensatas, hubieran sonrojado a nuestros padres.

Pertenecen a la jurisdicción de La Villa del Rosario los siguientes poblados o caseríos: **San Ignacio**, con 600 habitantes aproximadamente; **Villavieja**, con 350; **Sartenejo**, con 400; **Barranquita**, con 250; **San Juan**, con 200; **Palmitas**, con 300; **Arimpas**, con 500; **Puentecitas**, con 250; **Macoa**, con 125; **Los Haticos**, con 120, y otros todavía más pequeños.

La gente de estos Caseríos, en medio de su mucha ignorancia, es ordinariamente sencilla y buena. La mayor parte de esos poblados los he visitado dos o tres veces en el año, la última vez acompañando a Monseñor Turrado en su Visita Pastoral. Los frutos espirituales han sido copiosos y los recuerdos que guardo, gratos y bellos.

En todos los Caseríos he presenciado algunos matrimonios de amancebados y en alguno, como en Macoa, me ha cabido el honor y satisfacción de efectuar y bendecir el primer matrimonio eclesiástico que se ha conocido en el Caserío. En San Ignacio tuve el placer de ver desfilar más de cincuenta hombres, mayores de 14 años, por el confesonario y comulgatorio. En Sartenejo, apenas puse el pie en tierra, fuí llamado a administrar los santos sacramentos a un enfermo grave que estaba ansioso de recibirlos. Los recibió con plenitud de fervor y conocimiento y al poco rato murió.

Las primeras comuniones, preparadas por mí en todos los Caseríos, despertaron extraordinariamente el fervor y entusiasmo religioso de los sencillos campesinos. Cerca de 200 niños tuvieron la incomparable dicha de recibir en sus corazones por primera vez el Pan de los ángeles. Bautizos he administrado más de 70, en estas jiras apostólicas, entre otros a una mujer de más de 30 años con sus dos hijitos, y a un muchacho de 15. Las confirmaciones que administró Monseñor en todo el municipio pasan de 1.100.

En todas partes fuímos recibidos, usando la expresión del Apóstol San Pablo, no como hombres terrenos, sino como ángeles de Dios. Nos salían a esperar en formación, agitando banderitas blancas, nos miraban con respeto, nos pedían la bendición, nos rodeaban de toda clase de atenciones y nos despedían con hondo sentimiento y afecto.

La Misa, el confesionario, la comunión, el catecismo, el rosario, la predicación se vieron siempre muy concurridos.

Me haría interminable si hubiera de relatar todos los recuerdos, todas las aventuras y todos los espirituales frutos de éstas mis excursiones apostólicas. Por eso pongo por ahora punto final. ¿Quién sabe si más adelante enristre de nuevo la pluma para contarles a los lectores de "Venezuela Misionera" alguna otra cosa que les pueda interesar?

Por hoy me despido de ustedes deseándoles a todos felicidad y gozo en el Señor.

Fr. Alberto de Sobradillo
O. F. M. Cap.



Fachada de la iglesia parroquial de la Villa del Rosario, testigo y centro de las actividades del P. Alberto.

◆ ◆ ◆

Cansancio

Se le quedó el corderito
descansando entre los brazos,
como una brisa perdida
en la placidez de un álamo.

¡Era la senda tan cruda
y los caminos tan largos! . . .

El corderito baló
pidiendo un dulce regazo
donde dormir un olvido
y reposar su cansancio.

El Zagal le sonrió
y se lo tomó en los brazos.

Era el balar un reirse
del corderito mimado
junto al pecho de Jesús
con el calor de su brazo.

¡Y era mi alma, aquel día
que lloró su desamparo! . . .

¡Tenme siempre junto a Tí!

Mau

Dulzura

Pastor de la cara dulce
y ojos suaves de cordero;
Pastor del cordero en hombros
dulcificándote el gesto.

Alma de nieve, a tu cara
se te ha asomado un momento
a decir intimidades . . .

Corazón de sangre y llamas
se te ha asomado de dentro,
a refrescar unas ansias
junto a la paz del cordero.

Yo quisiera ser zagal
para vivir mi silencio
junto a la paz de tu calma,
Pastor del gesto más bueno.

Pastor de la cara dulce
y ojos suaves de cordero,
¡yo quiero ser tu zagal.



I

Veinte siglos de existencia prueban, sin lugar a discusión, la divinidad que asiste a la Iglesia Católica de Cristo. Humanamente se han empleado todos los medios para destruirla; pero allí está invisible Aquel que ha de **alumbrar con su luz a todos los gentiles,** y ha de ser la gloria del pueblo de Israel.

¿Nos damos cuenta los nacidos por misericordia de Dios en el arca santa de la Iglesia,—que tiene por cabeza visible a nuestro Santo Padre el Papa—de la obligación que cada uno tiene de cooperar a la salvación de sus hermanos? Si cada quien se hiciera esta pregunta: ¿De qué manera contribuyo yo a las obras emprendidas para hacer que Cristo reine en las almas? Si al menos se conocieran esas obras... Pero se vive tan al galope, tan frívolamente, que se ama a Dios muy de prisa, de consiguiente las obras de la fe no cuentan en la mayoría de los bautizados con simpatías.

Ninguno se recoge dentro de su corazón para pensar: Hay regiones venezolanas totalmente incivilizadas; compatriotas nuestros que desconocen a qué Nación pertenecen; que no saborean en su espíritu las proezas de nuestra historia, ni calientan sus corazones con el recuerdo de los hechos heroicos de nuestros Libertadores, y mucho menos, reconocen que poseen un alma inmortal, redimida por Cristo en el espantoso martirio de la Cruz.

Aquel que ha de alumbrar con su luz a los gentiles, espera nuestra cooperación para llegar a ser la gloria de toda nuestra Nación.

Los hijos de las tinieblas nos dan ejemplo a seguir, si queremos que la unión sea fuerza que lleva al éxito.

La inactividad hoy es pecado de lesa Patria. Ninguno puede ser espectador en esta hora en que todo concurre para lograr ver realizados los deseos largamente acariciados.

El primer jalón de un esfuerzo colectivo dentro de un aporte individual recio y decidido ha de ser un consciente estudio de la labor de los abnegados Misioneros y la resolución inquebrantable de dar cada uno en la medida de sus posibles, cuanto sea dado, facilitaría el desarrollo de esa obra magna de amor patrio y de cristianización inaplazable.

Facilidades para el trabajo, dinero, vencimiento de dificultades, comprensión, entusiasmo comunicado, oraciones, aliento, sacrificios, buena voluntad, regalos... ¡Cuántas maneras de ser útiles!... ¿Nos negaremos a ello?...

Que el Señor de las misericordias inspire a muchos la voluntad de ayudar a los heroicos Misioneros que se sacrifican con edificante desinterés.

Que las fibras de amor patrio se despierten para que a los campos de misión llegue el que ha de alumbrar con su luz a los gentiles, y ser la gloria de nuestro pueblo.

II

Celebramos el mes de marzo, dedicado a San José, Patrono de la Iglesia Universal... Porción amada de esa Iglesia son las almas que aun no gozan del tesoro inapreciable de la Fé!

Quienes al dulce Santo rinden sus corazones, con-

siderándolo modelo de todas las virtudes, Custodio y protector de la Virgen de las vírgenes, Padre adoptivo del Verbo Humanado, pueden convertir su devoción en hechos que justifiquen esa devoción. Ninguno dará mayor gloria a Dios que la protección que se ofrezca a las Misiones.

Si por nuestra catolicidad todas las Misiones del mundo han de ser motivo de nuestro interés, al menos para rogar por ellas, las Misiones de esta Venezuela tan amada deben arrancarnos un movimiento especial de entusiasmo y protección que ninguno puede negar.

Esa tierra misional, región riquísima aun no explotada, guarda en su seno una mina preciosa, la de las almas de hermanos nuestros que aún no conocen a Dios...! Si Gobierno y Pueblo se dan a la noble y humanitaria tarea de conquistar para la Patria, lo que la Patria tiene derecho de poseer, esas regiones no civilizadas, los Misioneros que se sacrifican sin tener toda la protección que la magna obra requiere—hallarán medios de hacer luminosa y fecunda la faena de cristianización que han emprendido con abnegado y heroico celo!

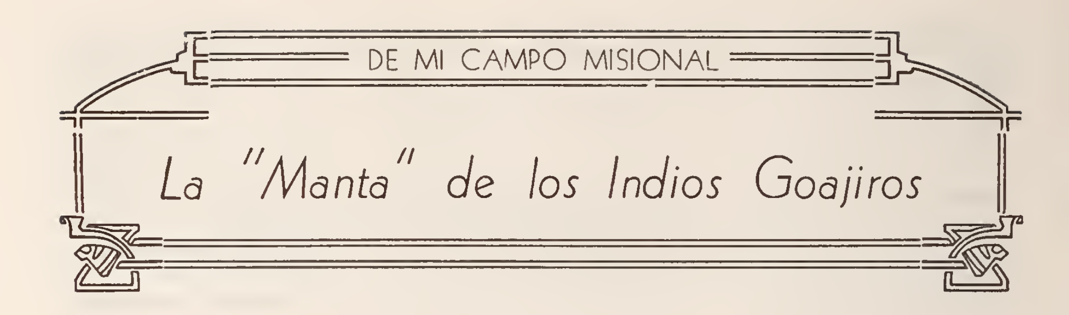
Es de lamentarse que no se tenga el concepto del deber individual que obliga a la realización de toda obra colectiva! Si cada uno diera de sí—aunque sólo fuera algo de esfuerzo—la vida recobraría por todos conceptos mucho de cuanto la hace dulce, llevadera, fácil.

¡Obras son amores y no buenas razones! Los devotos de San José darán al glorioso Patriarca pruebas de su acendrado amor, si procuran ahondar en el conocimiento de cuanto significan las Misiones, para que conociéndolas y amándolas, como es debido, puedan protegerlas.

María Josefa Aristeguieta
T. F.

Caracas, Marzo 1946.

◈



La "Manta" de los Indios Goajiros

Al oír "manta" goajira, no vayan a creer los lectores de "Venezuela Misionera" que se trata de un cobertor o sobrecama. Nada de eso.

La "manta" goajira es el vestido de los indígenas de la Goajira venezolana y colombiana.

La "manta" de las mujeres es un camisón amplio, anchísimo, que les arrastra por el suelo, de manga larga hasta las puntas de los dedos, adornado con rodetes por el cuello, por la cintura y por el ruedo.

La "manta" del indio goajiro consiste en una tela grande, frecuentemente lujosa, que amarran a la cintura y les cuelga hasta las rodillas, semejándose así a algunas tribus antiguas de *guerreros*.

Tratándose de vestidos goajiros, distinguimos tres categorías de personas: *las indias*, los *indios ricos* y los *indios pobres*.

Las *indígenas goajiras* llevan pañuelo en la cabeza, echado hacia atrás, sandalias con borlones de algodón en los pies y la típica y clásica "manta" o camisón amplísimo, a veces muy lujoso.

Los *goajiros ricos* usan camiseta, camisa, chaqueta, corbata, sombrero y la sabida tela o "manta", que les cuelga de la cintura hasta las rodillas.

Los *goajiros pobres* visten solamente franela o blusa y *un guayuco* de tela blanca, sumamente pequeñito, que, en veces, suplen por una *bolsita de algodón* tejida por ellos mismos.

Las goajiras, con sus ampulosas y ricas "mantas", que les dan gracia, donosura y majestad, semejan reinas japonesas y nada tienen que envidiar, en honestidad y bonitura, a los vestidos preciosos mujeriles de las grandes ciudades.

En cambio, el vestido de los *goajiros ricos*, echando a un lado también el de los *pobres*, a primera vista tiene algo de raro y ridículo. Causa extrañeza contemplar un goajiro con sombrero, camisa, corbata y chaqueta buenas, llevando al mismo tiempo la tradicional "manta", amarrada a la cintura, colgante hasta las rodillas. De manera, que, de medio cuerpo para arriba, parecen civilizados y de medio cuerpo para abajo parecen indios.

En mi primera Visita Pastoral a la Goajira, repetidas veces y en distintos lugares y ocasiones, les dije: ¿Por qué, en lugar de "manta" no usáis pantalón, que haga juego con la camisa, corbata, sombrero y chaqueta? ¿No véis, como visten así los "españoles"? (Advierta el lector que los goajiros llaman a todo civilizado "español"). Mejores son, añadí yo, los interiores y pantalón "españoles", que la "manta" goajira, que los suple y reemplaza".

Y en todas esas distintas ocasiones me respondieron lo mismo: Vos Obispo, vestís de obispo. El capuchino, que acompaña a *vos*, viste de capuchino. El "español" usa pantalón; y nosotros, los goajiros, vestimos de goajiros; llevamos la "manta", el vestido goajiro, que heredamos de nuestros antepasados. Quitándola, dejamos de ser goajiros".

¿Qué les parece a mis lectores de la lógica de estos indígenas?...

+Fr. Angel Turrado M.
Vic. Apost.

◈ ◈ ◈

LOS INDIOS PEMONES DE LA GRAN SABANA

LOS INDIOS ¿SON AGRADECIDOS O INGRATOS?

Uno de los refranes más propalados *contra* los indios es aquel contenido, como la hiel en su bolsita, en el mil veces repetido cuarteto:

Huye el indio del trabajo
y busca la ociosidad:
donde le pegan se queda,
donde le pagan se va.

Queja universal.—Por lo demás esto de la ingratitud es queja más que común, universal, de todos contra todos. Y es que como "la gratitud es una deuda interminable" (por lo que muy acertadamente se dice que vale más deber dinero que favores), muchos abusan excesivamente de sus dádivas, exigiendo siempre e indefinidamente prestación de servicios. De donde resulta que aquel otro versito:

"Dale siempre, no le des una;
no le has dado ninguna",

es una espada de dos filos, que hiere por igual a los ingratos y a los excesivamente exigentes.

Pedigüeñería.—Otra cosa muy afín, y que muchos confunden con la ingratitud, es la pedigüeñería, de que sin duda adolecemos los misioneros y los indios. Empero yo mismo, que muchísimas veces sufrí las molestias de este defecto (¿?) de los indios, por no poderlo remediar con dádivas, serenamente pergunto: ¿Qué otra cosa podemos y debemos hacer los pobres sino pedir? ¿Qué ha de hacer la tierra reseca sino rajarse y abrir su boca en demanda de agua?

Nadie negará tampoco que las personas espléndidas y dadivosas son raras; y ante ese hecho innegable de la tacañería no queda otro remedio que la pedigüeñería. "Pobre testarudo saca mendrugo". Por eso también los indígenas muchas veces aguantan el castigo y el maltrato, que no fueron a buscar (donde les pegan se quedan) y se van al recibir la paga, pues eso es precisamente lo que venían buscando. Y seríamos pretenciosos en demasía si, porque pagamos a los indios, quisiéramos retenerlos indefinidamente a nuestro lado.

Ignorancia.—Muy bien advierte el P. Eulogio que "el indio no civilizado no agradece", y que esto es debido a la ignorancia de nuestras maneras de vida, de nuestras industrias y de los modos de nuestro comercio.

Otro misionero, el P. Baltasar de Matallana, dice también que tales indios "se creen que a nosotros nos llueven del cielo escopetas cargadas con pistón y perdigón". Otro humorista, explorador de minas en todas las Guayanas, me aseguraba que los indígenas se imaginaban que a nosotros nos nacía el dinero en el bolsillo como a ellos los piojos en la cabeza.

Por eso resultó contraproducente, cuando trajimos indios a Caracas, llevarlos a las tiendas y a los almacenes, ya que ellos no podían comprender que de tantas piezas de tela, de tantos trajes hechos y expuestos a sus ávidas miradas, de tantas docenas de maletas, hachas y otras herramientas, etc., ni un metro siquiera se cortara para ellos, ni se les regalara un vestido, ni se les dejara coger lo que, aparentemente, sobraba a otros.

Leyendas.—Tienen además los viejos indios la creencia legendaria de que aquellos sus antiguos predecesores, los *Makunaimá*, habilísimos, ingeniosos e industriosos, les envían en avión todas las cosas buenas a los indios, pero que nosotros los españoles no se las damos y nos quedamos con ellas. Y así bien claro se ve que lejos de agradecer lo que les damos, deben creernos muy obligados a ellos, porque "nos perdonan la vida".

Otro de los motivos porque los indígenas a veces no agradecen, como debieran, las dádivas y los sacrificios personales de los Misioneros, es la propaganda solapada de los criollos establecidos entre ellos. Estos con frecuencia tratan de engañarlos, diciéndoles, v. gr., que el Gobierno les envía muchas cosas, pero que nosotros nos las apropiamos.

Mas la verdad del caso es, sin embargo, precisamente todo lo contrario; es decir, que las erogaciones gubernamentales no alcanzan a cubrir los gastos personales de Misioneros y Misioneras, cuanto menos para hacer regalos a los pobres indios. De todos modos ellos ignoran esto; y así, por la ignorancia de unos y la envidia de otros, esta *leyenda* del Gobierno magnífico y dadivoso es hermana gemela de la antedicha de los *Makunaimá;* y la consecuencia final

es la ingratitud repelente, sólo atenuada por la carencia del conocimiento a fondo de las cosas.

Los regalos.—Bien puede decirse que los *regalos* entre indígenas no existen; todo entre ellos es compra-venta o prestación. La práctica nos enseña a no admitir regalo alguno de ellos o procurar inmediatamente corresponder con otro *regalo;* pues de lo contrario, cincuenta años después nos exigirán la correspondiente *paga.*

Y esto vale no sólo para las dádivas ofrecidas por los indígenas a los civilizados, sino también para las que se hacen entre sí. De aquí que los indios más reflexivos y delicados (que los hay), cuando están, v. gr., de huéspedes procuran resarcir a sus hospederos ayudándoles en sus trabajos comunes, trayendo alguna caza o pescado, etc. Esta observación me ha sido hecha expresamente por ellos y demuestra la delicadeza de unos en no ser gravosos y en otros el temor a ser recriminados por favores recibidos absolutamente gratis.

En relación con el asunto que nos ocupa, debemos recalcar como avisos muy prácticos en el trato con los indígenas:

1º No admitir ningún regalo sin la debida correspondencia;

2º que el medio mejor para librarnos de su pedigüeñería, cuando nos resulte molesta y no tengamos con qué satisfacerla, es pedirles una cosa cualquiera que ellos tengan;

3º que al hospedarnos entre ellos debemos arrimar el hombro a las cargas comunes o gastos de comida, y así nos veremos libres de sus recriminaciones.

En cierta ocasión *regaláronme* los indios de *Kopé-motá* unas piñas, que inmediatamente hice mondar y repartí entre ellos mismos. Apenas las habíamos comido cuando el espléndido donante vino a pedirme el pago, pues las piñas eran de las mujeres y querían unas peinetas. Entonces yo repartí entre todos media libra de chocolate, cuyas tabletas equivalían muy bien a las rodajas de piña; y, como las mujeres comieron también, les pedí en pago un *uenek* de cargar niños.

La otra cara.—Entre indios y no indios no todos los cariños son desinteresados, mejor diríamos que es raro el que lo es. Ni todas las zalamerías son gratitud. Con todo, mirando la otra cara de los indios, véome obligado a recordar muchas y sinceras demostraciones de afecto y, principalmente en los viajes, muchos servicios y atenciones de parte de los ya educados por nosotros en la Misión, y diligencias extraordinarias y arriesgarse ellos a peligros de

chorreras en los ríos y aguaceros y grandes mojaduras por librarnos a nosotros de las mismas.

Y como consejo saludable y ascético debemos recordar que el Señor "da y no echa en cara". Y por eso dijo Quevedo que es señal de ánimo grande y casi divino dar favores sin esperar recompensa ni agradecimiento. "Si sois dadivosos con los que os lo han de pagar ¿qué gracia hay en ello?".

Fr. Cesáreo de Armellada
Mis. Cap.



En el potrero de la Misión los hermosos ejemplares, nada tienen de braveza. En la mano misma del Misionero está comiendo ese torete.





BIBLIOGRAFIA MISIONAL



Por Fr. Cayetano de Carrocera
Franciscano Capuchino

A

6.—ATLAS DE MAPAS ANTIGUOS.—Venezuela British Guiana Boundary Arbitration the case of the United States of Venezuela before the Tribunal of arbitration to Convene at Paris under the provision of the treaty between the United States of Venezuela and her Britannic Majesty signed at Washington february 2, 1897.

Volume 4. Atlas. Baltimore, A. Hoen & C., 1898.—42 x 38 cms.

Contieno 91 mapas de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX referentes a Venezuela, de los cuales queremos hacer especial mención sólo de los relacionados con las Misiones Franciscanas:

a) **Nueva Andalucía**, año 1778, tomado de la obra del P. Caulín sobre el mismo tema, folio 71.

b) **Mapa de las Misiones Capuchinas de la Provincia de Guayana**, de autor desconocido.—Año 1735? Fol. 72.

c) **De la Provincia de Guayana y Missiones de los PP. Capuchinos Cathalanes: Anathomia Geográfica**, 1771, por Fray Carlos de Barcelona, Capuchino. Fol 73. Tiene notas manuscritas importantes.

d) **Otro Mapa de las mismas Misiones**, 1779?, por el referido Fr. Carlos de Barcelona. Fol. 74.

e) **Missiones de los PP. Capuchinos Catalanes en Guayana**, 1789?, de autor desconocido. En este mapa, el más claro de todos, se expresan los nombres de los pueblos de dichas misiones.

Los originales de los cuatro últimos mapas se conservan —según se hace constar en el mencionado Atlas— en el Archivo General de los PP. Capuchinos de Roma.

B

7.—BUENO, P. RAMON, F. O.—**Apuntes sobre la Provincia Misionera de Orinoco o Indígenas de su territorio con algunas otras particularidades, por el R. P. Fray Ramón Bueno, Franciscano Observante, Misionero de Orinoco y Ministro de Urbana y Tortugas.**—Los publica, con un prólogo Monseñor Nicolás E. Navarro, Protonotario Apostólico, Deán del Capítulo Metropolitano de Caracas, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia &. &.

Caracas, Tipografía Americana, 1933.

1 Vol. de XVIII-164 pp., 23 x 15 cms.

El manuscrito original de este curioso e interesante libro, bien conservado, se guarda en la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia por obsequio que le hizo en Julio de 1925 el señor J. F. Castillo Medina. Allí lo conocimos y examinamos antes de su publicación y hasta hicimos sacar una copia de él con el fin de darlo a la estampa; pero la falta de tiempo para confrontarla con el original, primero, y nuestra ausencia de Caracas, después, nos impidieron realizar nuestros deseos. Así fué mejor, ya que esto dió motivo a que Mons. Navarro, a quien entregamos nuestra copia, conociera el libro del P. Bueno y nos hiciera el espléndido regalo de esta publicación, editada nítidamente y con la competencia que es característica al sabio Prelado.

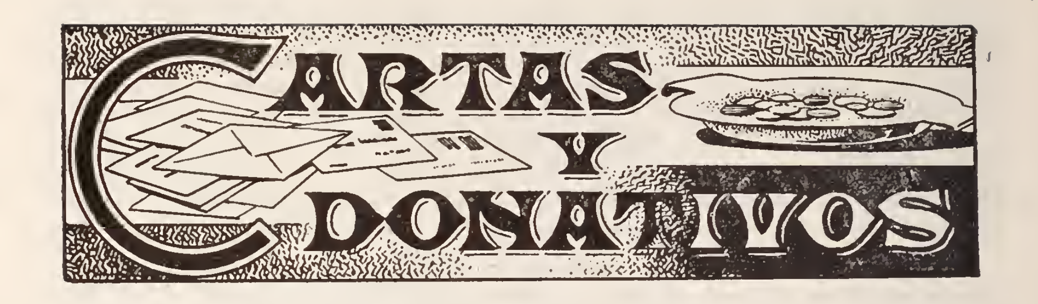
La portada del manuscrito original reza textualmente: "Tratado histórico en que se especifica mucha variedad de animales terrestres y marítimos: Contiene al mismo tiempo vn diario en que se relaciona lo más particular ocurrente, y una explicación por menor del bestuario de varias Naciones de Indios, banas observancias y vn género de idolatría que conosió en ellos su autor F. Ramón Bueno, Misionero de Orinoco, Mtro. de Urbana y Turtugas".—En lo alto de la portada: "Año 1800".

El P. Bueno, Franciscano Observante, Misionero de Orinoco y Ministro de Urbana y Tortugas, perteneciente a las Misiones de Píritu, era natural de Alcalá de Henares —provincia de Madrid, España—, y en 1785 estudiaba Teología en el convento de Sigüenza. Tal vez el mismo año salió de España, o al menos es cierto que en 1788 ya se encontraba en las Misiones de Guayana. Estuvo nueve años, como misionero, en el pueblo de San Francisco de Aripao, a orillas del río Caura, y después en la misión de Urbana y Tortugas, en la que se encontraba por los años de 1800-1804, época en que escribió su Tratado Histórico. Consta éste de 13 capítulos que versan sobre la provincia de Guayana, animales e indios que la habitaban, productos de la región etc., etc. En varios lugares del mismo libro cita el P. Bueno "otro quadernito" que contenía noticias interesantes acerca de los indígenas del Orinoco, el cual parece se ha perdido.

A principios de abril de 1800 pasó Humboldt hacia el Alto Orinoco, a tiempo que se hallaba el P. Bueno arreglando en la isla de Tortugas la cosecha anual de huevos de tortuga, que constituía una verdadera riqueza de la comarca. Allí se encontró con el misionero, el cual suministraría seguramente al sabio viajero muchos datos interesantes sobre ese particular. En junio del mismo año, al regresar Humboldt, se hospedó en casa de Fr. Ramón en el pueblo de Urbana. El P. Bueno permaneció en esta su misión hasta el 11 de febrero de 1804, día en que partió para Guayana (Ciudad-Bolívar), llegando el 23 del referido mes. Esta es la última fecha del Diario, comenzado el 6 de abril de 1801. Termina el libro con esta nota: "Salida de Guayana", sin agregar cuándo ni para dónde.

Lo referente a las relaciones de Fray Ramón Bueno con Humboldt, se encuentra en el "Viaje a las regiones equinocciales", capítulos 19 y 24 del libro VIII. En una "Noticia do las Misiones de Guayana, Orinoco y Caroní", escrita en 1805, e inserta en la obra de Strickland, "Documens etc"., al hablar de los Caribes de Guayana, reproduce casi literalmente en ocasiones lo escrito por el P. Bueno en su Tratado Histórico. (Véase Boletín de la Biblioteca Nacional de Caracas, núm. 5, correspondiente al 1º de octubre de 1924, pp. 123-24).

(Continuará)



* Maracaibo, 3 de diciembre de 1945. Niñas de la Misión de Araguaimujo. Queridas amiguitas: Con gran satisfacción nos dirigimos a ustedes para tener un poquito de charla, aunque sea por medio de estas cortas líneas, mensajeras del cariño que les profesamos. Aunque no tenemos el gusto de conocerlas, les escribimos para contarles algo de nuestra vida de colegialas. Nosotras aqui, aprovechándonos de todo lo bueno que nos enseñan nuestras dignas profesoras, a quienes tanto queremos y agradecemos, como nos figuramos, harán ustedes con las Hermanas Misioneras Capuchinas. En estos dias estamos estudiando con mucho interés, pues ya se nos acerca el examen trimestral; asi es que rueguen mucho a Dios y a su Sma. Madre, para que salgamos bien; deseamos mucho nos envíen alguna cartica, pues a nosotras nos alegra mucho saber algo de ustedes, por quienes tanto nos preocupamos. ¿Cómo pasásteis el dia misional? Nosotras lo pasamos bien, gracias a Dios; tuvimos una pequeña velada con el fin de animar los espíritus y recolectar fondos y objetos para enviarles en los dias de Navidad. Estos son: prendas de vestir, medicinas, juguetes, etc., con los cuales hemos llenado las cajas que les mandamos. Saluden de nuestra parte a todas las Hermanas, por quienes están protegidas, que nosotras no las olvidamos en nuestras pequeñas oraciones. Por ahora nos despedimos de ustedes. Las abrazan cariñosamente. Las Alumnas de 5º Grado. Colegio Ntra. Sra. del Pilar.

Las indiecitas de Araguaimujo tienen la palabra y quedan en la obligación de contestar a esta cartica de sus amiguitas las Alumnas del Colegio del Pilar, Maracaibo. Como aquellas indiecitas son muy educadas no dudo que escribirán; ya lo creo.

* Caracas 30 de noviembre de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Ciudad. Con un entusiasmo general nos hemos propuesto escribir a Ud. ésta para adjuntarle el fruto de nuestra recolecta en el Dia Misional, como verá en la constancia. Antes tengo a honor ofrecer a sus servicios las nuevas Cruzadas Misioneras del Colegio de Ntra. Sra. del Pilar. Me figuro sabrá Ud. que este Colegio se abrió con el curso el 17 de setiembre del corriente año; por tanto verá que entre las primeras semillas contamos la obra misionera. Por no alargarme paso a hacerle constar el fruto de nuestro Día Misional: Limosna: Bs. 100. Para bautizos: Bs. 30. Tres a nombre de las alumnas del Colegio y queremos se llamen: Pilar Zaragoza, María Rafols y Juan Bonal. Berta Toro Ocanto, quiere una Berta Rafaela Toro; Estela Obadía, una Estela del Pilar, y Josefa Carelli, una Josefina Carelli. Antes de terminar, enviamos nuestros saludos a los PP. Misioneros, HH. Misioneras e indiecitos. Esperando se digne bendecirnos y encomendarnos en sus oraciones, se suscribe de Ud. en nombre de todas las alumnas del Colegio de Ntra. Sra. del Pilar, Riguey Pino, Alumna del 6º Grado.

Ya sabía yo que se había abierto ese Colegio, y también tuve el honor de hacerle ya mi visita oficial y mi presentación. Desde luego me supuse que la llama del fervor misional se encendería muy viva, por la sencilla razón de que esas Hermanas de Santa Ana... bueno, que no lo voy a decir para que no les entre vanidad... Sigan todas con esos entusiasmos. Dios las bendiga a todas y bendiga copiosamente vuestro incipiente Colegio.

* Caracas, 14 de diciembre de 1945. Muy Rdo. P. Antonino de Madridanos, Presente. Muy Rdo. Padre: Como en "Venezuela Misionera" leímos, hace algunos meses, la satisfacción que le causó el cuadro obsequiado por las chiquitas del Primer Grado, resolvimos darle esta nueva sorpresa. Entre las niñas del Cuarto Grado A y B, reunimos esa suma e imitamos la Cruz de la Misión, para enviarla como aguinaldo a esos queridos indiecitos. Aprovechamos esta ocasión para enviar a Ud. nuestros votos de felicidad. En nombre de los dos Cuartos Grados le ruego nos envíe su paternal bendición. Milagros González, Alumna de Cuarto Grado A.

◈ Esta carta y la nueva Cruz de la Misión vienen del Internado de San José de Tarbes del Paraíso. Ya fué enviada a la Casa Misión de Araguaimujo, donde, seguramente, que la habrán recibido. La suma que contenía era 60 reales, y 132 mediecitos. Esperemos a que nos acusen recibo.

* Caracas, 15 de diciembre de 1945. Muy Rdo. Padre. ¡Qué contenta estoy de poderle escribir esta cartica! ¡Con qué gusto le vengo a participar que me ha tocado la dicha de ser madrina de una indiecita! Quiero ponerle el nombre de María de Jesús. Tengo la esperanza de que mi ahijadita rezará mucho por mí y por toda mi familia, y así nos alcanzará de Dios muchas gracias. Le pido la bendición, Cecilia Hernández.

* Caracas, 15 de diciembre de 1945. Muy Rdo. Padre: Mando una limosna para bautizar a una indiecita; estoy muy contenta de ser la madrina. Que pida mucho por mí y por mis papás y por todos los de mi familia. Quiero ponerle por nombre Mercedes Josefina. Le pide la bendición: Mercedes J. Delgado V.

* Caracas, 15 de diciembre de 1945. Rdo. Padre: Con el mayor placer le envío Bs. 5 para bautizar una indiecita. Mi deseo es que se llame María Josefina, en honor de María Santísima y de San José. Encomendándome a sus oraciones, le pido la bendición para mí y para mis compañeras, todas muy amantes de las Misiones. Trinidad Burgaña.

◈ Tres cartitas de tres misioneras del Externado de San José de Tarbes de Caracas. Ya sé que todas, todas, empezando por las Hermanas y terminando por la última de las pitoquitas, son muy amantes de las Misiones. También recibí el buen aguinaldo que mandaron. Dios las bendiga.

* Caracas, 4 de enero de 1946. Rdo. P. Antonino de Madridanos: Las Alumnas del Internado de San José de Tarbes tienen el gusto de mandarle, como en los años anteriores, el aguinaldo para la Misión del Caroní, rogándole se sirva hacerlo llegar a su destino. Le damos anticipadamente las gracias y le rogamos nos bendiga.



Esta entusiasta Misionerita del Colegio "Ntra. Sra. del Pilar" de Caracas, posa para los lectores de "Venezuela Misionera".

◈ Mis buenas niñas, que Dios os bendiga copiosamente y os pague vuestro aguinaldo, el que fué entregado a Mons. Constantino Gómez. Yo quedo muy agradecido en nombre de todos los misioneros. Contad con toda seguridad con las oraciones de todos ellos.

ESCRIBEN DE LA MISION

* Santa Teresita de Kavanayen, 8 de diciembre de 1945. A las niñas del Colegio y Asilo de Antímano. Queridas niñas: Paz y Bien. Después de saludarte, queremos estén bien y Hermanas también. Nosotras escribiendo, agradecidas a ustedes, porque nos mandaron cositas y reales. Ahora te voy a contar. Hermana puso album, que tu nos mandaste, en la mesa, y todas pusimos a ver; pero no conoce mucho dineros. Hermana diciendo: este medio, este real; este centavo. Y dice que eso es sacrificio tuyo, que es merienda y dulce que tu no comes, por guardarlo a pobrecitas indias. Dios te pague. También había tesoro espiritual. ¡Cómo quieren a nosotras! También rezamos por vosotra. Hoy es la fiesta de la Inmaculada. Oímos primero misa, dijo P. Eulogio; segunda P. Victor. Cantamos cantos muy bonitos y misa de Angeles todas, muchachos y muchachas vestidos de blanco, y después repartió Hermana coroticos trajo P. Eulogio, y después hacer oficios, y a oir vitrola, y a la noche cine. Yo soy una indiecita de la más grandes, ya sé leer bien, escribir bien, hablo mucho castellano, gracias a las buenas Misioneras, que ellas trabajan tanto por nosotras. No te digo más nada por ahora, hasta otra vez que te

escribo. No nos olvide nunca y nosotras rezando por ti. Te abrazo cariñosamente yo en nombre de mis compañeras. Agustina Centeno.

* Araguaimujo, noviembre de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos. Caracas. Rdo. Padre: El Señor nos de su paz. Hace días que deseaba escribirle, pero tenía nada que contarle; pero hoy sí tengo muchas cosas que decirle, y por eso le escribo muy contenta. Lo primero desearle muy felices Pascuas, y pediré mucho al Niño Jesús que le conceda muchas gracias. Las cositas que me mandó me gustaron mucho, y que Dios le pague todo. El 1 de noviembre se casaron dos niñas, uno de los muchachos era un primo hermano mío y no estaba en la Misión, y ese día hizo la Primera Comunión, y por eso estoy muy contenta. El Sr. Obispo los casó y por la tarde el R. P. Quintiliano los llevó en motor a sus casas. Padre, rece mucho para que sean buenos. Hace algunos días llegaron dos niñas nuevas. Yo estoy bien aquí ayudando a las Hermanas, con mucho gusto por amor a la Sma. Virgen. Rece mucho para que sea buena niña. Yo rezo todos los días por su Rcio. tres Ave Marías, para que esté bien de salud y para cuando de pronto yo no oiga decir que su Rcio. está enfermo. Por ahora nada más. Le pide la bendición, Asunción Arismendi.

OTROS DONATIVOS

* Seguimos y terminamos con la lista de bautizos encargados por las Alumnas del Colegio del Pilar, Maracaibo. Graciela González B. manda para el bautizo de Jesús Gerardo; Lucila Pérez un Heberto Pérez; Consuelo J. Muyale una María Esperanza; Ruth Roulims una Betty Margarita; María José Ferrer una Ana María; Yolanda Pérez una Teresa Pérez; Gladys y Glenda Prieto una Betty Margarita; Heberto Fernández un Heberto Fernández; Lilia Barboza una Blanquita Barboza; Consuelo Soto un Alonso Soto; Cecilia Villasmil una Beatriz Alicia Villasmil; Antonieta Wolfshonn una Antonieta Wolfshonn; María de los Angeles Chacón una Teresita de Jesús Chacón; Hilda Dora Arias una Elvira Escobar; El Colegio de Ntra. Sra. del Pilar bautiza a María Fabiola Monguilot, María Sagrario Monguilot, Belencita de Jesús, María Angélica, Francisco Javier, Juan Bonal, Felisa Esandi y María Rafols; Fernando García un Fernando García. La Sra. Rafaelita de Garmendia, de El Tocuyo, regala un hermoso cáliz a Mons. A. Turrado para la Misión de Machiques. De la misma Ciudad de El Tocuyo envían 450 bolívares, que fueron entregados también a Mons. A. Turrado, como aguinaldo por haber honrado las fiestas Cuatricentenarias con su presencia. Estos bolívares sobraron de lo que habían recogido los Padres para costear un hermoso Via-Crucis. Bien empleados han estado en esta forma. Una persona de Caracas, que oculta su nombre, manda de limosna para la Misión Bs. 58. El Pbro. Antonio I. Camargo, de Boconó, manda una limosna de Bs. 5. Las niñas del Externado de San José de Tarbes, su aguinaldo anual de Bs. 440. Una Srta. de Caracas, limosna de Bs. 7 en sufragio por el alma de sus padres. Para el bautizo de Sofía Bernáez, manda Heriberto A. Bernáz Bs. 5. La Srta. Colombia Codecido, de Caracas, Bs. 5 para el bautizo de un indiecito.

Amables bienhechores y entusiastas de nuestras Misiones, mil gracias y que Dios les pague sus bondades.

P. A.
Capuchino.





ESTUDIOS CRITICO-LITERARIOS. Pedro Pablo Barnola, S. J. Impresores Unidos, Caracas, 1945. Un tomo de 244 págs.

Como el ilustrado Autor lo dice en su NOTA preliminar, "el contenido de este libro forma parte de los estudios literarios que mensualmente hemos venido publicando, hace más de tres años, en la Revista caraqueña SIC".

No es un desconocido el P. Barnola en nuestro mundo literario, no es un novel que comienza a emborronar cuartillas, ni un mero aficionado a estos achaques de literatura; es un buen escritor, y creemos que, mejor crítico, que no es poco decir.

La prueba... esa serie de estudios criticos, que ha venido publicando en la Revista SIC y en algún que otro período de la Capital; estudios que han sido reproducidos en más de una ocasión en otras publicaciones del interior.

Sin herir, sin humillar, sin despreciar; con delicadeza y finura, pero con buena lógica y acertado criterio, va el P. Barnola haciendo el análisis anatómico-literario, ¡perdón! de las obras y de los Autores, emitiendo un juicio sereno e imparcial, lo que en más de una ocasión le ha ocasionado una contrarréplica soez y mordaz y ataques fuera de tono.

El autor que se lanza al campo de la publicidad, no debe considerarse intangible; su obra, por lo mismo que es del dominio público, puede y debe ser sometida al juicio halagador de los amigos, quienes harán sonar el bombo y el platillo en son de triunfo; asi como de los enemigos quienes lanzarán contra él sus criticos mordaces.

Ni a unos ni a otros pertenece la critica del P. Barnola; se coloca sereno en un término medio, alaba y aplaude lo que es digno de loa y de aplauso; fustiga y reprueba literariamente, cuando y cuanto es necesario.

Ojalá se presentasen hoy dia más de estos criticos literarios, que supieran enrumbar a los modernos escritores. Asi se acabaría o por lo menos se pondria limite a tanta literatura barata de tanto escribidor novel.

¿Y esto qué es? ¿Nos hemos metido nosotros a críticos de criticos? No, es sencillamente una breve reseña de la labor que el P. Barnola ha tenido la gentileza de dedicarnos. Y que sabemos muy sinceramente agradecer.

P. A. MARIA.
Capuchino.

LA LEYENDA DEL PELON GIL, POR EL SR. BR. RAFAEL RODRIGUEZ LOPEZ.

Nadie piense que aqui el término "Leyenda" tiene el corriente significado de novelería, sino el real, el etimológico, el de auténtica historia, que merece leerse. Pues ésto es lo que nos ofrece el autor, una historia, la vida del famoso Dr. J. E. Gil, apodado "El Pelón". Se considera recompensado el autor si su relato agradare al lector, pero no sólo agrada, interesa, instruye; cumpliendo el precepto horaciano: MISCUIT UTILE DULCI... Nos ofrece esta LEYENDA, con perfecta tecnicografía, la polifacética figura del Pelón en un estilo fácil, ameno, chispeante. Merece aplausos el autor de toda la Nación, pero muy particularmente de la patria chica, El Tocuyo, a quien honró en sus fiestas cuatricentenarias levantando este afiligranado monumento al Pelón..

Cierto que todo ésto se lo merecía El Pelón, abogado del pueblo, militar de la libertad y cristiano viejo. Cuánta necesidad tenemos hoy de estos caballeros "sin miedo y sin tacha", como El Pelón. De todo corazón felicitamos al Br. Rodríguez, que lo ha sabido comprender y pintar.

P. AUGUSTO DE V.
Capuchino.





P. Amitesarove

ALMACEN DE VIVERES Y

FRUTOS DEL PAIS

—

TELEFONOS:

7334 - 7041 - 21.950

CARACAS - VENEZUELA

Pinturas en polvo — Pinturas al aceite, mate o brillante — Tintes para madera — Cera para muebles y pisos — Esmaltes secamiento rápido Lacas y materiales para autos — Telas para asientos y capotas — Papel de tapicería.

JUAN S. MENDOZA

& CIA.

Camejo a Colón, 6 — Tel. 7720

y

Sociedad a Traposos, 11 — Tel. 6883

CARACAS

La Novela de...

(Viene de la página 39)

cios, se le evitaba toda diligencia algo fatigosa; sus hermanos, sus hermanas, sus sobrinos, sus sobrinas, su padre mismo, se apresuraban cuando manifestaba algún deseo. Si decía: —"Voy a buscar mi breviario", Andrés subía de cuatro en cuatro las gradas de las escaleras y volvía, como un huracán, trayendo el deseado volumen.

Después de un paseo por el parque:

—Con gusto me pondría mis pantuflas...

Una sobrinita corría ligera y volvía al punto implorando como un gran favor el derecho de calzar por sí misma al querido tío.

Si quería salir, Juan preparaba el auto y se mostraba orgulloso de llevar al misionero por la florida campiña. Por el camino, los que pasaban saludaban con respeto a aquel cuya conmovedora historia se contaba por doquiera.

—Una verdadera Capua —decía el Padre Marcelo.

Además, las visitas: aquéllos que, pocos años antes, murmuraban con más acrimonia de la decisión tomada por el joven, testimoniaban hoy el más vivo deseo de poder decir por todas partes:

—He visto al Padre Marcelo y me ha contado sus aventuras.

Sin embargo, Carlos no se explicaba la prolongada ausencia de su padrino.

—Te he dicho que está con gota —respondía el señor de Louergue con aire embarazado.

—Sí —objetaba el Padre Marcelo—; pero en otro tiempo la gota no le impedía venir: el tren y luego un coche suplían sus piernas.

Adrián, el abogado, intervino:

—Hace ocho días tuve que ir a su casa con motivo de un proceso; estaba todavía enfermo, pero consintió en recibirme...

—¿Por qué lo había de rehusar? —Preguntó Carlos con admiración.— Ahora ya estoy en plena convalecencia; si yo fuese a Hastiére...

El señor de Louergue replicó con viveza:

—¡No, no hagas eso, te lo ruego!

—¿Por qué, pues, papá?

—Porque... porque aún no estás bien restablecido.

—Es cierto que el viaje me fatigaría mucho; pero dentro de algunos días, si mi padrino no ha venido, yo iré.

Nadie le respondió; Andrés y Adrián se miraron con mirada llena de reticencias y el Padre Marcelo les respondió:

—¡Ah! —exclamó sonriendo—. ¿A

quién se engaña aquí? Hay algo que no me quieren decir.

Estaban sentados, sólo los hombres, en la escalinata, abajo en el césped. Susana enseñaba a caminar a su último hijo. Carlos la llamó:

—Susana, ¿quieres venir?

La joven madre tomó a su bebé en los brazos y acudió al llamamiento:

—Veamos —continuó el Padre Marcelo—; las mujeres tienen la lengua más larga; tú me dirás lo que se me oculta respecto del señor Louverois.

Con una mirada rápida, algo inquieta, Susana consultó a su padre. El señor Louergue abrió ambas manos, y con la mirada y encogiéndose de hombros, dió a entender que no se mezclaba en el asunto; así autorizada, o poco menos, la joven hizo la revelación:

—Voy a decirte, Carlos: después de la muerte de mamá, rompimos con el señor Louverois.

—No —corrigió Andrés—, desde la vuelta de Juan del Congo.

—Sí, es verdad... Pues bien, durante la enfermedad de nuestra querida madre, Louverois, como siempre, se mostró lleno de atenciones con nosotros. Sin embargo, murmuraba consigo mismo palabras breves; tú sabes que esa es su costumbre; le oímos que decía: "¿Vendrá? ¿Vendrá?". Se trataba de ti, Carlos. Después del triste suceso pareció serenarse y el pobre hombre no se ocupó sino en consolarnos a su manera, con palabras humanas que no decían nada, pero en las que veíamos su buena voluntad. Cuando he aquí que una hermosa mañana llega Juan, que traía tu carta; cuando Louverois supo la vuelta de tu compañero, montó en cólera: se agitaba como un loco y gritaba: "¡Ah, ese muchacho nō ha querido molestarse para venir a ver a su madre! Se queda allá muy tranquilo: que su madre agonice, que su madre muera, eso no le inquieta, o mejor dicho, sí, se digna enviar a un criado que le reemplace!".

Susana se detuvo; el Padre Marcelo se había puesto pálido...

—Perdóname, Carlos, que te cause esta pena, pero es necesario que sepas cómo estamos con el señor Louverois... Se desahogó, pues, así, durante largo tiempo; fué aún más lejos; se puso a injuriarte con una acrimonia tal, que papá acabó por rogarle que se callase; entonces, amoscado, se calló en efecto y partió para no volver, pues desde entonces no le hemos visto más.

El señor de Louergue añadió:

—Yo estoy muy triste con eso, porque amo mucho a Louverois; le escribí una carta, pero no me ha respondido... Sin embargo, me cuesta trabajo creer que todo haya terminado entre nosotros; no

se rompe así una amistad íntima de treinta años.

Germana y Blanca se acercaban; se habló de otra cosa.

* * *

Hacia las cinco de la tarde de aquel mismo día el Padre Marcelo, sentado en su cuarto, acababa de terminar el rezo de su breviario. Cerró el libro y se puso a reflexionar:

—Se me agasaja aquí a más y mejor —se decía— y el cariño de todos los que me rodean, desde mi padre hasta el último criado, se ingenia por hacerme dulce la vida. Al principio, cuando yo estaba enfermo, podía pasar; pero ahora ya mis fuerzas vuelven; es necesario pensar en regresar a mi puesto...

A este pensamiento, de repente, como en un choque violento e imprevisto, sintió su corazón oprimido por una gran angustia... Y qué, ¡dejar aquella querida morada, aquella amadísima familia, irse por segunda vez a un país ingrato, mortífero, en donde le esperaban tantas privaciones y trabajos! Sufriría más aún que en la primera partida, porque ahora sabía a dónde iba, a qué trabajos, a qué angustias, a qué peligros...

¿Y sus queridos cristianos de allá lejos? Sí, ciertamente, los amaba mucho, pero iría otro que los cuidaría mejor quizá que él, al menos tan bien como él. Y él, a una sola palabra de petición a los Superiores, se quedaría en su país, en Namur, muy cerca de la casa paterna, a donde vendría varias veces, frecuentemente, a confortar su cuerpo y su alma, con el cariño de la familia.

Aquí, alegría de vivir acompañado, querido, de verse el centro de un círculo amistoso, de atenciones renovadas sin cesar. Allá, la soledad en medio de negros groseros, de espíritu pesado, que no tenían nada de lo que constituye el placer de vivir en sociedad. Aquí los hermosos paseos en auto, a la sombra de los grandes árboles, en el espléndido valle, de un fondo maravilloso y pintoresco. Allá, las caminatas trabajosas a través de la selva húmeda, bajo un sol abrasador o las lluvias tropicales, los pies maltratados, los miembros adoloridos, rotos...

Además, aquí, ¡cuánto bien que hacer! La enseñanza en los colegios, las predicaciones, el confesonario, son también apostolado fecundo en frutos de salvación y de gracia...

Tales pensamientos revolvía en su meditación; poco a poco iba afirmándose en la resolución de renunciar a la partida, cuando tocaron suavemente a su puerta, y Juan se deslizó en la habitación sin ruído, como si fuera un ladrón.

—¿Qué hay, Juan?

—Don Carlos, preguntan por usted abajo.

—¿Quién?

—Me ha prohibido decirlo y no ha querido entrar: se ha quedado en la casa del corseje para que nadie lo vea.

—¿A qué todo ese misterio? ¿Tú sabes quién es?

Juan guiñó el ojo con aire inteligente:

—Sí, sí —dijo—. Venga, don Carlos, es muy importante, ¡créame!

El Padre Marcelo se levantó:

—Vamos, pues; bajemos.

Salieron: Juan le dejó en la parte baja de la escalinata y el Padre Marcelo se dirigió con curiosidad a la casita oculta entre la arboleda, cerca de la puerta de entrada.

Allí, en una pequeña habitación del piso bajo, estaba sentado un hombre, golpeando con impaciencia el suelo con su bastón de mango de oro: cuando el Padre Marcelo entró, se oyó una doble exclamación:

—¡Carlos!

—¡Padrino!... ¡Oh, padrino mío, cuánto me alegro de verle!

—¡Y yo! Ya no podía vivir... ¡Me he dicho: "Es necesario que yo vaya" y aquí estoy!

—¿Aún está enojado?

—¡Ah, te lo han contado!... ¿Qué quieres? ¡Soy susceptible como un diablo, y tu padre me ha dicho unas cosas...!

—¿Y usted, no me ha echado en cara otras? Creo que están pagados.

—Es verdad, tienen razón.

Y de repente, tomándole la cabeza:

—¡Muéstrame eso!... ¡Qué horror, pobre muchacho! ¡Cómo has podido...!

Se interrumpió presa de una muy viva emoción, y se pasó rápidamente los dedos por sus ojos humedecidos.

—¿Has sufrido mucho? —preguntó.

—Sí, padrino; pero no es el golpe lo que más me ha hecho sufrir.

—Entonces, ¿qué?

—Todo: el alejamiento, la separación, la vida ruda, el duro sol, todo, le digo...

—Y ¿por qué no volviste para... para ver de nuevo a tu madre? ¿No te lo habrían permitido?

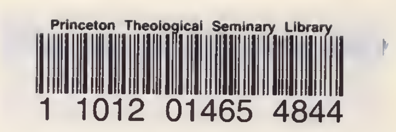
—Sí, ¡oh, sí!, pero el soldado, padrino, debe permanecer en su puesto durante la batalla.

¡—Ah, sí, siempre tus hermosas palabras! Lo que yo te maldije entonces, sobre todo cuando vi venir a Juan; ¡era inconveniente, bien lo sabes, enviar de esa manera a tu criado!

—Pero, padrino, si no se trataba de eso: ese muchacho se moría de nostalgia y por eso le hice venir.

¡Ah!... ¿Y no te daba pena el saber que tu madre se moría aquí sin ti?

(Continuará)


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01465 4844